

Ayuntamiento de Madrid

Cinematográfica **Almira**

acapara los ÉXITOS en los mejores salones de Barcelona.

TÍVOLI. . . . **Svengali**

John Barrymore - Marian Marsh

CAPITOL. . . **Tres de cara a Oriente**

Constance Bennet - Eric Von Stroheim

URQUINAONA. **Los que danzan**

María Alba - A. Moreno - Alvarez Rubio

FANTASIO . . **Kismet**

Loretta Young - Otis Skinner

CATALUÑA . . **L'enfant de l'amour**

Jacques Catelain - J. Angelo - M. Glory

La aventurera

Gina Manés

CINEMATOGRAFICA ALMIRA
ha recibido las últimas producciones de

WARNER BROS
FIRST NATIONAL
PATHÉ NATAN

**Cinematográfica
Almira**

Rosellón, 210 - Tel. 73494 - Barcelona

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal

28 DE JULIO DE 1932

Delegado en Madrid: Antonio Guzmán Merino

Director musical: Maestro G. Faura

Nueva del Este, núm. 5, pral.

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Barbrá, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Mártires de Jaca, 20, Irán
Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

LA MARGARITA
DEL CINE ESPAÑOL

¿VIDA? ¿MUERTE?

SILENCIO. Después de la agitación febril de unos días, la quietud y la taciturnidad de las esfinges. Se arrojó la piedra al lago, y las aguas, al parecer muertas, se agitaron un poco, describieron círculos cada vez más débiles hasta recobrar la inmovilidad de una lámina de bronce. La piedra se fué al fondo, y luego otra vez el silencio y la quietud.

El brazo que disparó la piedra se quedó en alto, como asombrado de la inutilidad de su esfuerzo.

Silencio. El silencio puede ser meditación, recuento de fuerzas, repliegue de energías. Puede ser también desesperanza, renunciación, muerte. El grano aprisionado en tierra pasa desapercibido para los pájaros, pero germina para el labrador. Diríase que es el cadáver de una semilla; sólo que este cadáver resucita en la primavera.

Sin embargo, también hay semillas que no resucitan, que se pudren en la humedad o que tropiezan con un gusano. Todo sembrador tiene algo de sepulturero, y lo mismo todo soñador. El grano es una esperanza de espiga; el sueño una esperanza de realidad. Con frecuencia, antes de que brote la espiga o florezca la realidad, viene la muerte, precedida por el silencio.

Silencio, augusto silencio, sagrado silencio, si es incubación, germinación, meditación.

Silencio, espantable silencio, desconsolador silencio, si es renunciación, desesperanza, muerte.

¿Qué clase de silencio es el nuestro ahora, después de las voces optimistas que nos anunciaban la epifanía del cinema hispano?

Estábamos dispuestos a recibir su primer embajada artística en estos meses calurosos y aprestábamos palmas de triunfo, mirra de devoción, oro de entusiasmo.

Y la embajada no llega. Estamos sentados en la esperanza y nos rodea el silencio. Ningún heraldo viene a

anunciarnos la buena nueva. Ni una nubecilla en el camino, hasta donde alcanzan nuestros ojos; ni un eco en los aires hasta donde oyen nuestros oídos.

Quietud, silencio.

—¡No vendrá!, suspiramos. ¡No vendrá todavía!

Y este adverbio de tiempo, «todavía», adquiere en nuestra desilusión el funesto carácter de una síncope andaluza: todavía por toda—la—vía o toda la vida.

Es desafortado este pesimismo. Vendrá la caravana de nuestro cinema. Tiene que venir sin duda. Por este camino en que le aguardamos o por otro. Pero vendrá. Y seguimos aguardando.

¡Silencio!

Los artistas, nuestros artistas se marchan. Ahora, otra vez, la Bárceña. ¿Cansados de esperar? Parece un éxodo definitivo, como si nos dijeran desdeñosos a los que aún seguimos esperando al borde del camino: «Ahí os quedáis, ilusos».

¡Qué tristeza! Hubiéramos preferido que se quedasen con nosotros, agrupados en fe, ayudándonos a es-

perar y a creer, uniendo sus voces a las nuestras... Pero se han ido. No tienen fe o acaso les sobra y van a estudiar para volver más tarde con las manos llenas de experiencias artísticas. Esto es mejor. Cuando regresen, difundirán confianza y optimismo. Ellos provocarán la reacción. Son embajadores, no prófugos. No abandonan la casa como el hijo pródigo; van a explorar las tierras de un Caná cinematográfico, ricas en racimos del nuevo arte.

Al borde del camino, esperaremos ahora el regreso de esta caravana. La otra ya no vendrá.

Entretanto, silencio, quietud. ¡Qué desesperante es la espera!

Sin embargo, ¿quién nos impide soñar?

¿Y si ahora, precisamente ahora que nos sentimos descorazonados como los compañeros de Colón, la víspera del descubrimiento, o como los soldados de Cortés, la noche triste, llegara la buena, la gozosa sorpresa?

Un día de sol, después de un largo invierno, se resquebraja la corteza helada del surco y brota una briznilla verde, un tallo tierno que luego será mata empenachada de espigas. El grano enterrado resucitó, el silencio y la inmovilidad, imagen de la muerte, eran laboratorio de vida y abundancia.

De estas sorpresas se compone la vida. Sin ellas, no habría poetas ni héroes, esos poetas de la acción, que sueñan en vencer imposibles, como el día vence a la noche y la transformación de las sustancias (flor) a su descomposición (abono).

Esperemos con inquietud, con afán, si no con alegría. Mientras, en torno nuestro, silencio e inmovilidad.

Y deshojamos la margarita de la esperanza, al borde del camino que conduce al cinema hispano: ¿Vida? ¿Muerte?

ANTONIO GUZMÁN

Nuestra Portada

En la portada del presente número, Meg Lemonnier, revelación del cinema francés y protagonista de las operetas "Il est charmant" y "Petite femme dans le train", editadas por la Paramount.

En la contraportada, Henry Garat, oponente de Meg Lemonnier, en el film en francés, "Il est charmant".

Correo femenino

Una nueva Juana de Arco

«La Virgen Guerrera», así el bravo pueblo montenegrino llamó a la valerosa muchacha que peleó en las agrestes montañas natales con el deliberado propósito de liberar a su patria de la dominación yugoeslava.

Un episodio épico, casi novelesco, poco común en este siglo nuestro, en el que hasta para las cosas de la guerra y el amor mismo suelen aparecer las ordenanzas, los códigos y las reglamentaciones; una heroína verdaderamente legendaria que, a poco que se descuide, caerá bajo la rígida sanción del código criminal y hasta es probable que sea juzgada por sus mismos connacionales, cual una vulgar delincuente.

Estefanía Markovich es el nombre de esta muchacha que capitaneaba una partida de guerreros sometidos incondicionalmente a su absoluto dominio. Como le «Venus Internacional» que creara Mac Orlan en uno de sus más brillantes aciertos literarios, atrae con su belleza a sus legionarios, al par que les infunde ánimos y acucia con su destreza y agilidad, en verdad excepcionales.

Además, Estefanía para no desmentir su condición de legendaria, parece invulnerable. De las más reñidas acciones ha salido airoso, sin recibir la menor herida, dando pábulo a su fama y atrayendo aún más la admiración y el respeto de sus hombres.

La banda de esta heroína de la libertad, que, como la santa de Orleans, juró mantener tan puro su cuerpo como su apasionado corazón, mientras un solo extranjero subyugue a su patria, ha realizado una gesta verdaderamente sangrienta. Numerosos son los gendarmes y soldados yugoeslavos que ha capturado y, naturalmente, eliminado; no pocos los montenegrinos que por mostrarse demasiado afables con los invasores han recibido el correspondiente castigo.

La banda de Estefanía ha llevado su audacia hasta el punto de atacar la guarnición yugoeslava de una población. No fué posible echar mano a los rebeldes, siendo evidente que la población montenegrina secretamente protegió a su Juana de Arco.

Estefanía, poco después, tuvo la osadía de llegarse hasta Cetiñe, para visitar a su familia. Cuando su presencia fué descubierta, ya la valerosa doncella había desaparecido, no sin haber distribuido entre los pobres montenegrinos buena parte del dinero que había quitado a los oficiales y gendarmes yugoeslavos.

El gobierno de Belgrado llegó a expedir dos regimientos para capturar a la ardorosa doncella. Sólo así lograron apresarla, tanto a ella como a su abuelo Vukasin Markovich. La pena capital debió aplicársele; pero temiendo revolucionar al pueblo, las autoridades extranjeras que en el presente ocupan el suelo montenegrino, optaron por aplicarle quince años de cárcel.

Estefanía fué conducida a la prisión de Cetiñe. Se la encerró en una celda del segundo piso, con vigilancia permanente. En el interior, como compañera de encierro, habían colocado a otra muchacha. Así transcurrieron varios días, hasta que una madrugada, al despertar, la muchacha vió vacío el camastro de Estefanía.

¡Estefanía había desaparecido!

Durante la noche había nevado copiosamente. Así y todo, varias comisiones salieron en persecución de la evasiva doncella. Se revisó todo el monte Lovcen, pero infructuosamente: ninguna huella apareció.

Los montenegrinos vieron en todo esto algo más que el resultado de un valor a toda prueba y de una temeridad poco común.

Creyeron en una protección del cielo. Mas, pocos días después de la evasión, se supo que una banda había asaltado una aldea albanesa, internándose luego en las montañas. La noticia presto se divulgó.

La doncella valerosa y patriota había vuelto con los suyos.

Hacer de la tierra un cielo

Entre los papeles del doctor Vicent Szevny, jefe del departamento médico de la Universidad de Heidelberg, y uno de los mejores especialistas del mundo, se encontró lo que puede llamarse testamento higiénico, por ser la obra póstuma que en este género dejó el autor. Traducido casi literalmente, dice así:

1.º La vida no es «todo»; el ideal humano está mucho más alto. Una creencia en lo futuro, la esperanza, el amor al prójimo y a la verdad, pueden hacer de la tierra un cielo.

2.º La vida es la única propiedad cierta del hombre.

3.º Es nuestro deber conservar la salud del cuerpo y del alma, evitando cuanto pueda perjudicar estos dones preciosos. No todo el mundo está predispuesto al bien, pero puede seguir y luchar por no apartarse del buen camino, y el que haya conseguido conservarse en él, debe cuidar de no caer.

4.º Mirando por la salud del cuerpo y del espíritu, debemos dividir el día en partes iguales para el trabajo, y el recreo, y el descanso.

5.º Ocho horas para el trabajo, ocho para el recreo y ocho para el descanso; de éstas, dos horas se invertirán en las tres comidas del día. Las mejores horas de sueño son las de la noche; seis horas bastan. Dos horas se dedicarán al arte y lecturas; dos, a los amigos y relaciones, y otras dos de ejercicio al aire libre.

6.º La comida ha de ser nutritiva, pero de fácil digestión. Una cantidad moderada, tanto en sólido como en líquido, que no canse el estómago. La dieta vegetal exclu-

siva no contiene calorías; así la albúmina y la grasa, en fácil forma digestiva, deben ser incorporadas a la dieta vegetal. Carne, pescado, huevos, manteca, leche y queso, son convenientes en cantidades prudentes.

7.º No hay que ser esclavo del apetito. Los alcoholes (cerveza, vino whisky, licores), así como el café, té y tabaco, no tienen valor nutritivo, pero el hábito contraído por la humanidad a través de innumerables generaciones, les ha hecho inocuos, casi necesarios al hombre; mas en cantidades immoderadas ejercen otra vez su venenosa acción sobre el individuo que abusa de ellos, acortando su vida.

8.º La limpieza se debe enseñar desde niño; éste ha de acostumbrarse al baño de esponja diario, y cuando la dentadura se ha formado, enseñarle a limpiar los dientes constantemente, fomentando en él la afición al baño. La ropa interior y de cama se cambiará lo más frecuentemente posible, y las habitaciones en que vivimos han de ser secas, grandes, bien ventiladas y con sol.

Sobre el amor y la mujer

Quien mire a una mujer con deseo de ella, ya es adúltero en su corazón.

★

El adulterio es una quiebra, con la diferencia de que el deshonorado es el acreedor de buena fe.

★

El que toma un cordero o un traje puede devolver un traje o un cordero; pero el que rompe los lazos sagrados del matrimonio no los renovará jamás; así, habrá que matarlo, y el que muera sufrirá menos que el esposo sobreviviendo a su deshonor.

★

Las mujeres no podrían hacer todos los males de que se les acusa, si los hombres no fuesen sus cómplices, y si en el adulterio la falta es igual, ¿por qué no lo es el castigo? «Facinus quos inquinatæquat», dijo Lucano. El crimen iguala a todos los que asocia.

★

Hay un monstruo que causa enormes estragos en el mundo social. Trastorna todas las uniones, separa a los esposos que se aman o creían amarse, y les hace cometer asesinatos y organizar emboscadas. Hablo del adulterio, crimen espantoso del que se castiga a las mujeres y que se deja impunes a los hombres, porque los hombres han hecho las leyes.

★

Conservar el pelo, los lazos y mil reliquias del objeto amado, es quizá idolatría; pero la idolatría forma una gran parte de toda religión.

★

Limitarse a hablar sin cesar de su amor, es un pobre medio para triunfar. Si las palabras adulan a las mujeres, sólo los actos tienen el poder de convencerlas.

De interés para la mujer

Relleno de espinacas y patatas

Se cuecen las espinacas sin agua, y cuando están tiernas, se reducen a puré; se derrite un poco de mantequilla, se echa el puré de espinacas y se mueve con una cuchara, añadiéndole un poquito de leche. Se retira y se deja enfriar. Se cortan una o dos patatas en cuadritos muy menudos y se fríen. Cuando se hacen las empanadillas se ponen en cada una unos cuantos pedacitos de patata.

Biftecs a la provenzal

Se pica junto cien gramos de tuétano de vaca crudo y charlota, se sazona y se calienta en una fuente; se toman biftecs, se tuestan después de cocidos, se envuelven en el tuétano y se sirven muy calientes.

EL COLOR DE MODA



EL BRONCEADO vuelve a imperar en cuanto se inaugura la temporada de baños.

ACEITE BRUNISOL MILADY

podrán exponerse tranquilamente al sol y obtendrán el perfecto BRONCEADO, sin molestias y conservando la habitual finura de su piel.

EL ACEITE BRUNISOL MILADY se vende en perfumerías a 6 pesetas frasco.

De no encontrarlo en su localidad le será remitido contra reembolso pidiéndolo a LABORATORIOS PUIG - Valencia, 293 - Barcelona

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Gerente: Jaime Olívet Vives

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal

Director musical: Maestro G. Faura

28 DE JULIO DE 1932

Delegado en Madrid: Antonio Guzmán Merino

Nueva del Este, núm. 5, pral.

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Barará, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Mártires de Jaca, 20, Irún
Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

LA MARGARITA
DEL CINE ESPAÑOL

¿VIDA? ¿MUERTE?

SILENCIO. Después de la agitación febril de unos días, la quietud y la taciturnidad de las esfinges. Se arrojó la piedra al lago, y las aguas, al parecer muertas, se agitaron un poco, describieron círculos cada vez más débiles hasta recobrar la inmovilidad de una lámina de bronce. La piedra se fué al fondo, y luego otra vez el silencio y la quietud.

El brazo que disparó la piedra se quedó en alto, como asombrado de la inutilidad de su esfuerzo.

Silencio. El silencio puede ser meditación, recuento de fuerzas, repliegue de energías. Puede ser también desesperanza, renunciación, muerte. El grano aprisionado en tierra pasa desapercibido para los pájaros, pero germina para el labrador. Diríase que es el cadáver de una semilla; sólo que este cadáver resucita en la primavera.

Sin embargo, también hay semillas que no resucitan, que se pudren en la humedad o que tropiezan con un gusano. Todo sembrador tiene algo de sepulturero, y lo mismo todo soñador. El grano es una esperanza de espiga; el sueño una esperanza de realidad. Con frecuencia, antes de que brote la espiga o florezca la realidad, viene la muerte, precedida por el silencio.

Silencio, augusto silencio, sagrado silencio, si es incubación, germinación, meditación.

Silencio, espantable silencio, desconsolador silencio, si es renunciación, desesperanza, muerte.

¿Qué clase de silencio es el nuestro ahora, después de las voces optimistas que nos anunciaban la epifanía del cinema hispano?

Estábamos dispuestos a recibir su primer embajada artística en estos meses calurosos y aprestábamos palmas de triunfo, mirra de devoción, oro de entusiasmo.

Y la embajada no llega. Estamos sentados en la esperanza y nos rodea el silencio. Ningún heraldo viene a

anunciar la buena nueva. Ni una nubecilla en el camino, hasta donde alcanzan nuestros ojos; ni un eco en los aires hasta donde oyen nuestros oídos.

Quietud, silencio.

—¡No vendrá!, suspiramos. ¡No vendrá todavía!

Y este adverbio de tiempo, «todavía», adquiere en nuestra desilusión el funesto carácter de una síncope andaluza: todavía por toda—la—vía o toda la vida.

Es desafortado este pesimismo. Vendrá la caravana de nuestro cinema. Tiene que venir sin duda. Por este camino en que le aguardamos o por otro. Pero vendrá. Y seguimos aguardando.

¡Silencio!

Los artistas, nuestros artistas se marchan. Ahora, otra vez, la Bárceña. ¿Cansados de esperar? Parece un éxodo definitivo, como si nos dijeran desdeñosos a los que aún seguimos esperando al borde del camino: «Ahí os quedáis, ilusos».

¡Qué tristeza! Hubiéramos preferido que se quedasen con nosotros, agrupados en fe, ayudándonos a es-

perar y a creer, uniendo sus voces a las nuestras... Pero se han ido. No tienen fe o acaso les sobra y van a estudiar para volver más tarde con las manos llenas de experiencias artísticas. Esto es mejor. Cuando regresen, difundirán confianza y optimismo. Ellos provocarán la reacción. Son embajadores, no prófugos. No abandonan la casa como el hijo pródigo; van a explorar las tierras de un Caná cinematográfico, ricas en racimos del nuevo arte.

Al borde del camino, esperaremos ahora el regreso de esta caravana. La otra ya no vendrá.

Entretanto, silencio, quietud. ¡Qué desesperante es la espera!

Sin embargo, ¿quién nos impide soñar?

¿Y si ahora, precisamente ahora que nos sentimos descorazonados como los compañeros de Colón, la víspera del descubrimiento, o como los soldados de Cortés, la noche triste, llegara la buena, la gozosa sorpresa?

Un día de sol, después de un largo invierno, se resquebraja la corteza helada del surco y brota una briznilla verde, un tallo tierno que luego será mata empenachada de espigas. El grano enterrado resucitó, el silencio y la inmovilidad, imagen de la muerte, eran laboratorio de vida y abundancia.

De estas sorpresas se compone la vida. Sin ellas, no habría poetas ni héroes, esos poetas de la acción, que sueñan en vencer imposibles, como el día vence a la noche y la transformación de las sustancias (flor) a su descomposición (abono).

Esperemos con inquietud, con afán, si no con alegría. Mientras, en torno nuestro, silencio e inmovilidad.

Y deshojamos la margarita de la esperanza, al borde del camino que conduce al cinema hispano: ¿Vida? ¿Muerte?

ANTONIO GUZMÁN

Nuestra Portada

En la portada del presente número, Meg Lemonnier, revelación del cinema francés y protagonista de las operetas "Il est charmant" y "Petite femme dans le train", editadas por la Paramount.

En la contraportada, Henry Garat, oponente de Meg Lemonnier, en el film en francés, "Il est charmant".

Correo femenino

Una nueva Juana de Arco

«La Virgen Guerrera», así el bravo pueblo montenegrino llamó a la valerosa muchacha que peleó en las agrestes montañas natales con el deliberado propósito de liberar a su patria de la dominación yugoeslava.

Un episodio épico, casi novelesco, poco común en este siglo nuestro, en el que hasta para las cosas de la guerra y el amor mismo suelen aparecer las ordenanzas, los códigos y las reglamentaciones; una heroína verdaderamente legendaria que, a poco que se descuide, caerá bajo la rígida sanción del código criminal y hasta es probable que sea juzgada por sus mismos connacionales, cual una vulgar delincuente.

Estefanía Markovich es el nombre de esta muchacha que capitaneaba una partida de guerreros sometidos incondicionalmente a su absoluto dominio. Como le «Venus Internacional» que creara Mac Orlan en uno de sus más brillantes aciertos literarios, atrae con su belleza a sus legionarios, al par que les infunde ánimos y acucia con su destreza y agilidad, en verdad excepcionales.

Además, Estefanía para no desmentir su condición de legendaria, parece invulnerable. De las más reñidas acciones ha salido airosa, sin recibir la menor herida, dando pábulo a su fama y atrayendo aún más la admiración y el respeto de sus hombres.

La banda de esta heroína de la libertad, que, como la santa de Orleans, juró mantener tan puro su cuerpo como su apasionado corazón, mientras un solo extranjero subyugue a su patria, ha realizado una gesta verdaderamente sangrienta. Numerosos son los gendarmes y soldados yugoeslavos que ha capturado y, naturalmente, eliminado; no pocos los montenegrinos que por mostrarse demasiado afables con los invasores han recibido el correspondiente castigo.

La banda de Estefanía ha llevado su audacia hasta el punto de atacar la guarnición yugoeslava de una población. No fué posible echar mano a los rebeldes, siendo evidente que la población montenegrina secretamente protegió a su Juana de Arco.

Estefanía, poco después, tuvo la osadía de llegarse hasta Cetinje, para visitar a su familia. Cuando su presencia fué descubierta, ya la valerosa doncella había desaparecido, no sin haber distribuido entre los pobres montenegrinos buena parte del dinero que había quitado a los oficiales y gendarmes yugoeslavos.

El gobierno de Belgrado llegó a expedir dos regimientos para capturar a la ardorosa doncella. Sólo así lograron apresarla, tanto a ella como a su abuelo Vukasin Markovich. La pena capital debió aplicársele; pero temiendo revolucionar al pueblo, las autoridades extranjeras que en el presente ocupan el suelo montenegrino, optaron por aplicarle quince años de cárcel.

Estefanía fué conducida a la prisión de Cetinje. Se la encerró en una celda del segundo piso, con vigilancia permanente. En el interior, como compañera de encierro, habían colocado a otra muchacha. Así transcurrieron varios días, hasta que una madrugada, al despertar, la muchacha vió vacío el camastro de Estefanía.

¡Estefanía había desaparecido!

Durante la noche había nevado copiosamente. Así y todo, varias comisiones salieron en persecución de la evasiva doncella. Se revisó todo el monte Lovcen, pero infructuosamente: ninguna huella apareció.

Los montenegrinos vieron en todo esto algo más que el resultado de un valor a toda prueba y de una temeridad poco común.

Creyeron en una protección del cielo. Mas, pocos días después de la evasión, se supo que una banda había asaltado una aldea albanesa, internándose luego en las montañas. La noticia presto se divulgó.

La doncella valerosa y patriota había vuelto con los suyos.

Hacer de la tierra un cielo

Entre los papeles del doctor Vicent Szervy, jefe del departamento médico de la Universidad de Heidelberg, y uno de los mejores especialistas del mundo, se encontró lo que puede llamarse testamento higiénico, por ser la obra póstuma que en este género dejó el autor. Traducido casi literalmente, dice así:

1.º La vida no es «todo»; el ideal humano está mucho más alto. Una creencia en lo futuro, la esperanza, el amor al prójimo y a la verdad, pueden hacer de la tierra un cielo.

2.º La vida es la única propiedad cierta del hombre.

3.º Es nuestro deber conservar la salud del cuerpo y del alma, evitando cuanto pueda perjudicar estos dones preciosos. No todo el mundo está predispuesto al bien, pero puede seguir y luchar por no apartarse del buen camino, y el que haya conseguido conservarse en él, debe cuidar de no caer.

4.º Mirando por la salud del cuerpo y del espíritu, debemos dividir el día en partes iguales para el trabajo, y el recreo, y el descanso.

5.º Ocho horas para el trabajo, ocho para el recreo y ocho para el descanso; de éstas, dos horas se invertirán en las tres comidas del día. Las mejores horas de sueño son las de la noche; seis horas bastan. Dos horas se dedicarán al arte y lecturas; dos, a los amigos y relaciones, y otras dos de ejercicio al aire libre.

6.º La comida ha de ser nutritiva, pero de fácil digestión. Una cantidad moderada, tanto en sólido como en líquido, que no canse el estómago. La dieta vegetal exclu-

siva no contiene calorías; así la albúmina y la grasa, en fácil forma digestiva, deben ser incorporadas a la dieta vegetal. Carne, pescado, huevos, manteca, leche y queso, son convenientes en cantidades prudentes.

7.º No hay que ser esclavo del apetito. Los alcoholes (cerveza, vino whisky, licores), así como el café, té y tabaco, no tienen valor nutritivo, pero el hábito contraído por la humanidad a través de innumerables generaciones, les ha hecho inocuos, casi necesarios al hombre; mas en cantidades immoderadas ejercen otra vez su venenosa acción sobre el individuo que abusa de ellos, acortando su vida.

8.º La limpieza se debe enseñar desde niño; éste ha de acostumbrarse al baño de esponja diario, y cuando la dentadura se ha formado, enseñarle a limpiar los dientes constantemente, fomentando en él la afición al baño. La ropa interior y de cama se cambiará lo más frecuentemente posible, y las habitaciones en que vivimos han de ser secas, grandes, bien ventiladas y con sol.

Sobre el amor y la mujer

Quien mire a una mujer con deseo de ella, ya es adúltero en su corazón.

★

El adulterio es una quiebra, con la diferencia de que el deshonorado es el acreedor de buena fe.

★

El que toma un cordero o un traje puede devolver un traje o un cordero; pero el que rompe los lazos sagrados del matrimonio no los renovará jamás; así, habrá que matarlo, y el que muera sufrirá menos que el esposo sobreviviendo a su deshonra.

★

Las mujeres no podrían hacer todos los males de que se les acusa, si los hombres no fuesen sus cómplices, y si en el adulterio la falta es igual, ¿por qué no lo es el castigo? «Facinus quos inquinatæquat», dijo Lucano. El crimen iguala a todos los que asocia.

★

Hay un monstruo que causa enormes estragos en el mundo social. Trastorna todas las uniones, separa a los esposos que se aman o creían amarse, y les hace cometer asesinatos y organizar emboscadas. Hablo del adulterio, crimen espantoso del que se castiga a las mujeres y que se deja impunes a los hombres, porque los hombres han hecho las leyes.

★

Conservar el pelo, los lazos y mil reliquias del objeto amado, es quizá idolatría; pero la idolatría forma una gran parte de toda religión.

★

Limitarse a hablar sin cesar de su amor, es un pobre medio para triunfar. Si las palabras adulan a las mujeres, sólo los actos tienen el poder de convencerlas.

De interés para la mujer

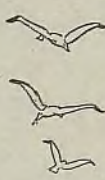
Relleno de espinacas y patatas

Se cuecen las espinacas sin agua, y cuando están tiernas, se reducen a puré; se derrite un poco de mantequilla, se echa el puré de espinacas y se mueve con una cuchara, añadiéndole un poquito de leche. Se retira y se deja enfriar. Se cortan una o dos patatas en cuadritos muy menudos y se frien. Cuando se hacen las empanadillas se ponen en cada una unos cuantos pedacitos de patata.

Biftecs a la provenzal

Se pica junto cien gramos de tuétano de vaca crudo y charlota, se sazona y se calienta en una fuente; se toman biftecs, se tuestan después de cocidos, se envuelven en el tuétano y se sirven muy calientes.

EL COLOR DE MODA



EL BRONCEADO

vuelve a imponerse en cuanto se inaugura la temporada de baños.

Para algunos esta moda es recuerdo de tortura por las quemaduras del sol. A estos y a todos los que frecuentan la playa, les recordamos que con

ACEITE BRUNISOL MILADY

podrán exponerse tranquilamente al sol y obtendrán el perfecto BRONCEADO, sin molestias y conservando la habitual finura de su piel.

EL ACEITE BRUNISOL MILADY se vende en perfumerías a 6 pesetas frasco.

De no encontrarlo en su localidad le será remitido contra reembolso pidiéndolo a LABORATORIOS PUIG - Valencia, 293 - Barcelona



UN GENIO DE OCCIDENTE

MURNAU for RAFAEL GIL

(Conclusión)

Y esa procesión—sin fin—de estampas maravillosas nos mareaban, nos hacían esforzar constantemente nuestra imaginación, pues hubiéramos querido poderla retener siempre con nosotros.

Pero entre todas hubo cuatro estampas tan perfectas, tan admirables, que cuando pasen los años y nadie se acuerde ya de «Tabú», quedarán grabadas—con trazos fuertes y delicados a la vez—en nuestra memoria.

Y esto quiere decir que no se nos olvidará nunca esta película.

Y es que esas cuatro estampas gigantes formaban toda la obra de Murnau.

Primera.—«Paraíso».

Una isla perdida en el mar. O, mejor dicho: el paraíso que un día Dios, en un momento de cólera, hizo abandonar a los primeros amantes.

Pero ese momento colérico debió pasarse ya, pues ahora ha abierto de nuevo esas puertas para que pueble el hombre, de nuevo, ese paraíso, para que sea feliz, para que goce de la vida.

¡Paraíso perfecto! Nubes blancas, siempre blancas. Cielo azul, cada vez más azul. Y mar...

Un mar tranquilo, juguetón... Las olas se persiguen sin descanso, y corren, y saltan como niños pequeños.

Y en este escenario «vive» el hombre. Las muchachas juegan, desnudas, en el agua; los hombres—diestros tiradores—tienen en la caza su «sport».

Y cuando ya encontraron su sustento, cuando ya tienen que comer, van en busca de sus hembras.

Y con ellas se divierten en un Long Island gigantesco, en el cual los toboganes son de espuma de mar, y los palanquines olas suaves que se aniquilan contra la arena.

En este Paraíso viven Reri y Matahí.

Y los dos se aman. Y la Naturaleza—risueña—les contempla con aparente indiferencia.

Segunda.—«Paraíso perdido».

Sigue el cielo azul; siguen las blancas nubes cambiando de caprichosas formas; y el mar jugando dichoso; pero...

Aquel paraíso ya no existe para Reri y Matahí. Dios se encolerizó de nuevo y cerró para ellos las puertas.

Y un ángel bajó del cielo, con otra espada de fuego, para alumbrar con sus resplandores la huida, el éxodo del amor.

Y por esto esta estampa ya no es bella; por esto esta estampa es horrible.

Porque ha sido perfilada por el hombre y por su civilización.

Y en ella se ve el vicio.

Y el mal.

Y, en una palabra, se ve algo de nuestra vida, de la vida de los blancos.

Y Reri y Matahí viven ahora entre el maullido de un acordeón, la sonrisa de un chino y las contorsiones de una mestiza.

¡Dios, fuistes injusto! Antes, Adán y Eva, y ahora, Reri y Matahí, no merecían este castigo.

Tercera.—«El mar».

El mar en la noche, el mar reflejando y estirando la luna.

Y en este mar oscuro, en este mar negro, una mancha blanca, minúscula, casi imperceptible.

Y detrás—ya a larga distancia—un breve chapuceo, un hombre que nada esforzadamente.

Este hombre es Matahí.

Y como nosotros sabemos cuán grande es

su desgracia, le alentamos, le gritamos haciendo de nuestras manos un portavoz para que salgan del corazón nuestras palabras.

«¡Nada, nada sin descanso! ¡En esa barquichuela, en ese punto blanco está Reri!»

«¡Te la van a quitar! ¡Piensa que ya no tendrás sus caricias ni oírás su voz! ¡Piensa que no la verás más! ¡No temas al tabú! ¡Nada, nada sin descanso! ¡Piensa en ella, en que la amas, y la alcanzarás!»

Pero no nos oye. Y al ver el punto blanco cada vez más lejano, deja de nadar; sus músculos languidecen...

Y el mar empieza a jugar con su cuerpo, a balancearlo con ritmo plácido, a hacerlo aparecer y desaparecer bajo sus olas.

Hasta que lo hunde en un pliegue de olas negras...

Y la cuarta...

Más que estampa, retrato. Más aún, un primer plano: el de Murnau.

Al ver «Tabú», más que nunca, lo veíamos a través de sus imágenes.

Y es que era su despedida. Nos daba el último adiós.

X

Murnau, ha muerto.

Hay algunos días tan tristes, tan lóbregos, tan negros, que sólo pueden presagiar una muerte. Son esos días de cielo plomizo, en los cuales el agua de la lluvia se desliza suavemente sobre la tierra, acariciándola. Son esos días en los cuales hay siempre un entierro «en la casa de enfrente». Esos días que nos recuerdan la fecha en que hubo un muerto en nuestro hogar. Aquella en la cual todo eran lágrimas, cuchicheos y pésames fingidos. Esos días, en resumen, que no hay sol.

Porque, aunque nadie lo crea, los días que hace sol, los días prendidos en los destellos amarillos del astro, no se muere nadie. Si acaso aquellas personas que no tienen quien las lllore, ni quien las acompañe al cementerio, ni quien las eche un puñado de tierra sobre su caja. Esas personas que viven solas, que no conocen a nadie, ni hablan con los vecinos, ni con la portera. Que llegan todas las noches diez minutos antes de que cierren el portal, y que siempre saludan con una inclinación de cabeza a quien se cruza con ellas en la escalera. Esa persona que un día no la ve nadie. Y otro. Y otro. Que pasa cerca de una semana y nadie la ha visto subir o bajar, entrar o salir. De pronto, un vecino piensa si le habrá pasado algo. Llama a la portera. Golpean la puerta. Le llaman a gritos. Y nada, nadie responde. Todos hacen comentarios, se aturullan, hasta que, por fin, buscan a un cerrajero que les franquee el paso. Entran y se lo encuentran en la cama rígido, pálido, descompuesto y despidiendo un hedor asfixiante. En seguida llega la ambulancia. Lo trasladan al hospital para que los estudiantes de medicina practiquen con el cadáver. Y una vez que está deshecho, partido en cien pedazos, lo encierran en una caja de madera, sin pintar, sin funda negra, y lo entierran en un rincón del cementerio. Nadie se ocupa del pobre cadáver desconocido. No hay responsos, ni oraciones, ni misas. Ni siquiera una rubia vestida de negro deja unas flores sobre la tumba, ni le coloca una cruz, ni una lápida. Sobre la tierra removida llueve, y la lluvia pudre, destroza el cadáver en unos meses. Estos seres desconocidos son los que menos molestan, los que menos estorban; murieron en el mismo silencio, en el mismo anónimo que vivieron. Ni siquiera se mueren los días que no hace sol. Como no tienen quien les lllore, se mueren los días en que los

niños gritan con más fuerza y los cuerpos de los enamorados buscan con ardor su contacto.

Pero aquellas personas que tienen un hogar, una familia, unos hijos que les lloren, mueren los días grises, los días de lluvia, aquellos en los que todas las huellas de carros que vemos en el barro de la carretera parecen hechas por una carroza portadora de féretros.

Un día como éstos fué el que nos trajo la noticia. Un día lloroso, del mes de marzo, nos enteró que Murnau había muerto.

Nos lo dijo una onda húmeda, oxidada. Una onda que, al reproducir sus vibraciones en nuestro oído, nos electrizó, hizo que recorriera todo nuestro cuerpo una sacudida violenta.

En seguida sentimos necesidad de orar. Porque nosotros—los hombres que amamos al cinema—somos místicos, misioneros errantes, sin templo propio, que andamos recorriéndolos todos en constante peregrinación. Los que profesamos esta religión del cinema, somos bruscos, extraños, desconcertantes. Tan pronto sentimos la necesidad perversa de jugar al guá con los pezones de una niña de diez años, como, súbitamente, nos convertimos en almas puras, limpias, inmaculadas, que gozan viendo cómo juegan a los bolos los angelitos del cielo para atemorizar a los niños que dudan, a los niños que empiezan a no creer, a aquellos niños cuyas madres, cuando retumba el trueno, les dicen que eso lo hace Dios para que sean buenos.

Pero, aunque cambiamos de idea tanto como las veletas de posición al impulsarnos el viento, adoramos siempre a nuestros dioses, nos postramos siempre a sus plantas.

Y por eso, aquel día que supimos que había muerto uno de ellos, sentimos necesidad de orar.

Pasamos lista a todos los templos cuyo culto estaba abierto al público. Y en todos—¡oh, sacrilegio!—se adoraba al Dios falso, al Dios pagano. En todos ellos, los fieles se arrodillaban ante los gritos que emanaban de un altavoz y los colorines chillones que se reflejaban en un lienzo.

Pero, por fortuna, en un barrio apartado, en un barrio inundo, en uno de esos barrios en los que pueden vivir las almas humildes, y las personas buenas, vimos que había un cine en el cual todo era quietud, silencio. Era un local pequeño, oscuro, con manchones de humedad y fuerte hedor humano. Lo poblaban chiquillos harapientos y golfillos con la boina ladeada y una cólila en los labios. Era todo un ambiente para poder orar, para dar la mano al que había muerto.

Al salir, el cielo seguía llorando. En una esquina un farol amarillo proyectaba sobre un rayo de luna un escenario lóbrego, incitante, uno de esos escenarios de la primera época de Murnau.

Andábamos lentamente por las callejuelas, el agua acibillaba nuestra ropa. Y pensábamos en él, en su muerte, en las circunstancias que la originaron: un accidente de automóvil.

Y mentalmente nos imaginamos a Murnau saliendo de Hollywood. Era un día primaveral y recorría gozoso la carretera en un pequeño auto. Junto a él desfilaban, presurosos, árboles, flores, espigas...

Tras de sí dejaba la ciudad. Con sus barridos, su falsedad, su apariencia, su eterna hipocresía humana. Frente a él se alzaba un infinito de cielo y tierra, un infinito que olía a campo, a mar...

Y poco a poco su pie fué apretando el acelerador. Quería volar, recorrer el mundo en un minuto, admirar toda la Naturaleza de una sola ojeada.

Y apretó aún con más fuerza. Y vertiginosamente desfilaban unos números: 80..., 90..., 100...

Y...

RAFAEL GIL

Madrid, 1932.

POLEMARIO

CUANDO LAS BARBAS DE TU VECINO...

RAFael MARTÍNEZ GANDÍA no ha sido nunca una autoridad en materia de cine. Eso lo sabe todo el mundo. Pero ahora resulta que ha querido afianzar más entre nosotros ese mal concepto que de él hemos tenido siempre.

Dedicado desde su más tierna infancia al comentario frívolo, ha creído oportuno, según he visto en la prensa, dedicar unas líneas completamente detractoras para el cine soviético.

Su artículo intitulado «¿Qué nos ha traído el cine ruso?», me demuestra una vez más que este señor posee un magnífico «carpet» de «paleta» del cinema, que seguramente enseñará con orgullo a toda persona que lo solicite.

Se queja con gran ímpetu literario contra las películas rusas y sus intérpretes los «fós de las barbas». Estima, además, que el cine ruso no tiene otro valor asignable que el que le presta la belleza de su fotografía o su avanzado movimiento de cámara.

No merece la pena visionar estos vehículos rusos—afirma este novato del cine que desde hace algún tiempo usufructúa «Crónica» para sus mal entretejidas páginas de cine semanales.

A Gandía le aburre ver en el lienzo «las barbas» crecidas de sus vecinos, un poco lejanos, los rusos. Nosotros, por el contrario, no podemos ver la suya. ¿Le habrá crecido ya?

La barba de Rafael es distinta de la de las demás personas. Es una barba cinematográfica. En vez de salirle pelos como a todo el mundo, le salen tiras de celuloide muy largas, bien con «girls» encantadoras en su fondo, o algún que otro galán de última hora a lo Willy Forst.

Una persona que aloja en sus barbas tales preferencias, lo mejor que puede hacer es «afeitarse», como él dice en su artículo, y echar luego al cubo de la basura toda la escoria cinematográfica que nace en su barba con el infalible riego de su traidora, pero consciente pluma. Pero aun así no tendría remedio. Porque al día siguiente de verificada esta operación le habría crecido la barba de

nuevo y no lograríamos confundirlo con nadie aunque quisiéramos.

Siempre nos acordaríamos de él. De Martínez por lo menos, y de su poca originalidad al meterse de lleno con el cine ruso y creer que es una innovación literario-cinematográfica el tildar a dicho cinema de «poco interesante», ya que hasta ahora nadie ha hecho comentario a su favor.

Respecto al segundo punto en el que habla de la fotografía insuperable del cine ruso como su valor más importante, he de decirle que Rusia produce algo más que una fotografía excelente. Por ejemplo: actores anónimos que nos asombran con su interpretación, films de indudable valor social, obras poéticas de una gran sensibilidad en su realización, vehículos como «El acorazado Potemkin», «Romanza sentimental» y «El expreso azul», que se bastan por sí solos para saciar la más exigente curiosidad cinematográfica, y que indudablemente no podrán llenar a usted, desde luego, que ocupa su tiempo en averiguar cuántas veces se lava los pies a la semana Rosita Moreno, o cuál es el color que prefiere Ramón Novarro, el «refulgente» (?) astro goldwyniano.

Sus impresiones sobre el cine ruso las ha sacado usted del alero de la tontería. He ahí por qué no tiene valor alguno ni interesan a nadie.

Por otra parte, no hay que meterse con el gran Sergio, pues si para usted es efectivamente un «gracioso» del cinema, para mucha gente es algo más que eso: el genio característico del cinema soviético. Que ya es ser algo. Mientras que usted nunca será «gracioso», aunque se lo proponga en sus artículos. Ni humorista tampoco. La patente la tiene Don Wences. Y es tan difícil llegar a serlo...

Usted está muy lejos de ello. Por ahora contéñese con comentar para algún diario con su frívola «waterman» esta noticia que yo desinteresadamente le brindo: «Greta Garbo y Marlene Dietrich se «sacuden» en la playa de Santa Mónica, ante un numeroso público, en un «match» a seis rounds, por cuestiones de palmito».

Madrid.

AUGUSTO YSÉRN

inconsciencia, es exacto. Cuando, como en él, no actúa el control de conciencia. Cuando las sensaciones auditivas y visuales, en vez de pasar por la estación de tránsito—la conciencia—, llegan directamente al cerebro.

No es desdén al espectador lo que me lleva a decir esto. Sino que mi concepto del cinematógrafo le evita al espectador toda tarea de crítica. Su labor es pasiva: la de admitir.

Claro que al hablar así no niego bondad al noticiario, diario o semanario cinematográfico; al folklore; a las cintas culturales; al cine para élites: cinema puro; al divulgativo, etc.

JUAN PEROLÉS

LLUVIA

EL clima del istmo de Santa Catalina (Estados Unidos), que es un clima magnífico, ha sufrido una momentánea variación, pues ha atravesado el período más lluvioso y tormentoso que registra la historia.

Ha llovido diariamente, a veces durante varias horas, con acompañamiento de terro-ríficos relámpagos y horribles truenos. Estas lluvias no son las peculiares de California, sino los torrenciales aguaceros de los trópicos.

Esto es debido simplemente a que se está rodando el film «Lluvia», en istmo de Catalina, y lo que no puede suministrar la Naturaleza para dar a la película la atmósfera auténtica de las islas de los mares del Sur, donde su acción transcurre, lo suplen los técnicos de los estudios de los Artistas Asociados con sus recursos.

Al transformar el istmo de Catalina en la tropical aldea de Pago Pago, los técnicos se encontraron enfrentados con el problema de tener que producir artificialmente temporales de lluvia en cualquier momento y durante un período de ocho semanas. En efecto, durante la mayor parte de la acción del film del cual Joan Crawford es estrella y que Lewis Milestone dirige, no cesa de llover, de modo que han de caer miles de toneladas de agua antes de que termine la filmación de esta producción, y hubo que buscar otras fuentes que las naturales, de agua dulce, de Catalina.

Los ingenieros hidráulicos tuvieron que tender tuberías hasta el Océano y por medio de maquinaria, movida eléctricamente, conducir el agua por una vasta red de tuberías colocadas a la altura conveniente, que recorrieran una gran extensión de terreno, pudiendo ser reguladas para producir la conveniente lluvia.

Baterías de máquinas sopladoras y máquinas para producir artificialmente los relámpagos, completan la instalación, prestando el último toque culminante a la más pretenciosa instalación para imitar la lluvia que se haya construido en la historia de la pantalla.

La producción de lluvia artificial para las escenas filmadas en los estudios, ha sido cosa relativamente fácil por muchos años, pero nunca se habían producido aguaceros sintéticos al aire libre en la escala requerida por «Lluvia». Un pequeño ejército compuesto de técnicos y operarios empleó un mes de trabajo en el istmo, construyendo «sets» y construyendo la instalación para fabricar la lluvia, antes de que el grueso de la compañía, compuesto de varios centenares de personas, llegase allí para empezar la labor efectiva de filmación.

Secundan a Joan Crawford en esta primera producción de Lewis Milestone, desde que rodó «Un gran reportaje» («The Front Page»), Walter Huston, que encarna la figura del tiránico reformador de la obra de W. Somerset Maugham, que sirve de base para la película; William Gargan, recién venido de la escena del Broadway, que interpreta el papel del soldado de marina, novio de la protagonista; Guy Gibbee, Beulah Bondi, Walter Catlett, Matt Moore, Ben Hendricks, Frederic Howard, Kendall Leo Glaenger y otras personalidades.

Estudio psicológico del espectador

Con respecto al teatro se puede afirmar relativamente que el concepto de sus leyes y cánones están absolutamente delimitados. Mas si prestamos atención al cine, se nota tal confusión, que de tarde en tarde son lanzadas afirmaciones rotundas. Rotundas y lógicas. Indicio de una desorientación general es ello y no de que no pueda haber con respecto a él claridad.

No es nuestra opinión sentar reglas. Pero opinamos que no es ninguna preceptiva cinematográfica la que lo regula. El cine es lo más nuevo y genuino del presente ciclo. Por tanto, es el menos reglamentado; el de más imaginación; el más apto a satisfacer a la loca de la casa. Pero, sin embargo, tiene sus vetos.

Hablemos de uno de ellos.

Una de las causas principales del fracaso de algunas cintas es debido a dejar espacios de tiempo en suspenso, ya por cambios de máquina sin determinante alguno, ya por variar de escenario y acción sin motivo ni razón. Estos los aprovecha la mente del espectador para reaccionar y pensar sobre lo visto. Con ello logra percatarse y tener conciencia de que no es su vida la que vive, sino un hecho irreal. Y el cine debe fundir al espectador en el héroe.

Recordamos la niñez; la facilidad de la emoción por la ausencia de crítica. Todavía no formados; sin clara delimitación del yo; sin razón; es facilísimo el tránsito de toda

sensación al cerebro. Y sin discusión la aceptamos. Y ahora, solamente en los estados de semiinconsciencia o de letargo, logramos abolir la facultad de crítica. Sólo entonces nos identificamos con esos films que en la pantalla de nuestra fantasía forjamos.

Y toda cinta debe pretender esto: abolir la conciencia del espectador. Pues toda intromisión de la razón lo hará divagar queriendo apreciar o sancionar los valores de la cinta. Y ello no es más que indicio de pobreza. Si el director, con su cinta, logra abolir la facultad de la crítica, lo aislará de las demás sensaciones; le hará vivir y compenetrarse con el héroe, como vive y se compenetra con su imaginación en los estados letárgicos. De aquí mi condicionalidad al cine sonoro que evita divague el sentido del oído.

Por ello requiere el cine la sucesión, la placidez, la carencia de estridencias, de arbitrariedades. La acción única. El paso de una o otra emoción, de tal modo que se evite toda reacción en el espectador, ya sea gradualmente o por contraste. Pero nunca dejar solo al espectador. Si se le deja habrá una pérdida: recuérdese el nefasto papel de los cortes, de los descansos o de la división en partes.

Yo equiparo la imaginación a la cinta. Y afirmo su bondad cuando la similitud del proceso, con respecto a ese estado de semi-

NOTICIAS ILUSTRADAS Y COMENTADAS

¡El escándalo que se iba a armar!

FAMOSO es el caballero francés pintado por Lessing en «Minna von Barnhelm» que, según frase propia, trataba de «corregir el destino». Esta propensión a ayudar a la Diosa Fortuna en su trabajo está de antigua anclada



en las inclinaciones naturales del hombre. Basta un viaje a Monte-Carlo para convencerse de ello. Al rincón más encantador de la encantadora Costa Azul llegan todos los días hombres decididos a «ganar o morir», y es natural de que antes de resignarse al segundo término de la alternativa, procuren por todos los medios de que llegue a ser realidad el primero. Este es el caso de Jean Murat, el protagonista de una nueva película sonora de la Ufa, original de Hans Müller y Franz Schulz, con música de Werner Heymann, y dirigida por el productor Erich Pommer.

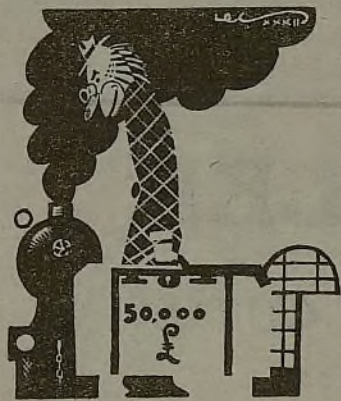
Capitán de un buque de guerra, anclado en aguas de Mónaco, Juan Murat pierde en el Casino su dinero y el dinero de la caja del buque. Ante la catástrofe, y una vez comprobado que las ganas de pegarse un tiro eran pocas, Jean Murat se decide a corregir la suerte—o,



mejor dicho, la desgracia—por medios enérgicos. Se presenta a la Dirección y la coloca perentoriamente ante este dilema: o se me devuelve lo que he perdido o en un par de horas los cañones de mi buque dejan el Casino convertido en un montón de cenizas. Ni que decir

tiene que la Dirección le devuelve a Jean Murat el dinero. No hay nadie en el mundo—y mucho menos la Dirección de un Casino de juego—capaz de resistir a argumentos de tanto peso.

La anécdota de la película tiene en la realidad sus precedentes. Un joven británico, parado a la puerta de la gran sala de juego, con las manos en los bolsillos del pantalón y la vista fija en el reloj de la pared, dijo a uno de los criados que deseaba hablar con el director. Al presentarse éste, el inglés, con evidente esfuerzo, para mantener la calma, le dijo: «Son las ocho menos diez minutos. Si a las ocho en punto no me han sido devueltos los veinte mil francos que acabo de perder, me saltaré la tapa de los sesos en este mismo lugar». Fueron inútiles todos los esfuerzos del director para calmarle. En el rostro del muchacho se leía la firme decisión de convertir en realidad sus amenazas. Al vol-



ver a presentarse el director, acompañado de dos detectives, el jugador desgraciado amenazó con disparar contra el primero que se atreviese a tocarle un pelo de la ropa. Para evitar el escándalo no quedó otro recurso que devolver los veinte mil francos al intrépido candidato suicida y recomendar a los porteros que no olvidaran su fisonomía.

Otro día el héroe de una escena parecida fué un italiano. En la mesa de treinta y cuarenta. Doce mil francos, postura máxima a negro. Salió rojo, naturalmente. Una fracción de segundo antes de que la ligera raqueta del croupier recogiera la substanciosa postura, el propio punto había puesto la mano sobre los billetes y los reintegraba rápidamente a su bolsillo, alegando que le hacían falta a él que a la banca del Casino. Detenido por un jefe de sala, el jugador amenazó con alamar a la gente a gritos, y no quedó más recurso que de-

jarle la puerta libre. Lo que la Dirección no quiere a ningún precio son escándalos.

Ha habido quien ha tratado de corregir la fortuna por medios menos violentos, más hábiles, más productivos. Famoso es el caso del profesor Jaggers, quien después de pacientes observaciones, llegó a descubrir que a causa de un ligero desequilibrio en el montaje de las ruletas, cada una de las mesas acusaba la salida de determinados números con más frecuencia que otros, y sobre la base de esta observación consiguió en pocos días ganar una suma de 120.000 libras esterlinas. La Dirección no tardó, sin embargo, en darse cuenta de la maniobra, y con ligeros desplazamientos de las mesas que, a su vez, se traducían en alteraciones del desequilibrio, practicados durante la noche, logró desconcertar por completo los planes del matemático inglés, el cual tuvo que declararse vencido técnicamente, pero logró llevarse de todos modos, según dicen, una suma no inferior a cincuenta mil libras esterlinas.

No cabe duda de que éste es un negocio lucrativo.

La única quiebra que puede tener es que le den a uno de estos honrados industriales tiempo de sobra para pegarse un tiro. Pero podría morir satisfecho pensando en el escándalo que iba a armar en Monte Carlo.

Le digo a usted, guardia...

De una gacetilla:

«Decía un día un director de film: «A la pantalla no deben

llevarse estudios psicológicos...» Hoy, después de haber admirado en la pantalla la obra sensacional «Muchachas de uniforme», le contesta Pierre Wolf, el célebre crítico francés: «Yo creo, por el contrario, que sólo el cinema que sabe profundizar, que sabe introducirse en las



almas y obliga a pensar y sentir, es el único que puede dar a este arte grandes días de gloria».

Y los hechos han venido, efectivamente, a darle la razón. «Muchachas de uniforme», que ha seguido una carrera triunfal en Alemania y Suiza y se halla hoy en París en el gran teatro Marigny.»

Convencidos.

¿Quién puede negar que para ser guardia de asalto, por ejemplo, hacen falta ciertas condiciones y hay que sentir el papel?

¡Pues ahí es nada darle a un semejante con una porra de goma en la cabeza!

¡Agua va!

Los técnicos de la United Artists han tenido que producir temporales de lluvia artificialmente para poder «rodar» en el istmo de Santa Catalina algunas escenas del film «Lluvia».

No era fácil resolver este problema en un lugar de pertinaz sequía y ha costado muchí-

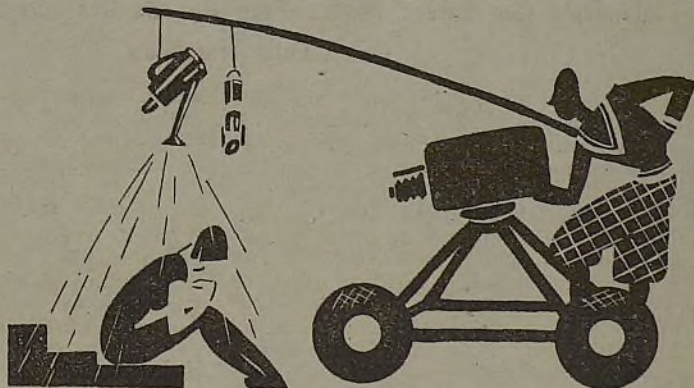
simo dinero lograr que lloviera artificialmente.

Pero podían haberse ahorrado ese enorme trabajo y unos miles de dólares.

¿Cómo? Pues muy sencillo: viniendo a Barcelona a filmar esas escenas.

¡Aquí hay cada temporal!...

(Dibujos de Let)



DE HOLLYWOOD A BROADWAY

SACUDIENDO de sus pies el amarillento polvo de Hollywood, Eddie Cantor se presentó poco ha en Manhattan's Time Square, dispuesto a presentarse ante las luces amarillas del Broadway después de una ausencia de ocho meses. Fué a Nueva York completamente solo. Su prole, compuesta de cinco muchachas, quedó en Hollywood con la señora Cantor.

«Las chicas están cansadas del Broadway», explica Eddie. «Están «blasé», como dicen los franceses. No hay nada nuevo en el negocio teatral. En los films es distinto, y ellas están entusiasmadas con la cinematografía. Por esto se quedan en casa, quiero decir en Hollywood.»

«En cuanto a mí, me es igual. Me gusta vivir en Hollywood porque tengo allí muchos amigos, lo mismo que en Nueva York. Y me gustaría también Birdweed Falls si tuviese allí amistades.»

No obstante, Eddie no quiso que sus amigos asistiesen a la primera representación de su nuevo film «Un loco de verano» («Palmy Days»), que presentó Samuel Goldwyn en el reformado teatro Rialto, de Nueva York.

«Los amigos aplauden demasiado y no ríen bastante. Prefiero a los verdaderos cinéfilos, esos que hacen cola pacientemente y pagan un dólar por sus billetes. Esta gente del Broadway no son el público ideal para el cine. Para disfrutar viendo una película, hay que reír espontáneamente, no por profesión, como hace el clown del Broadway.»

Eddie afirma que quiere y anhela volver a las tablas, a pesar de que para él la pantalla constituye un permanente campo de acción. Pero ahora prepara una nueva película y considera que no hay mejor manera de contrastar el valor de un argumento que «ensayándolo» ante el público. Esto sólo

puede hacerse en el teatro, declara, y para este propósito el público del Broadway es muy preferible al de Los Angeles.

Otro de los anhelos de Cantor es el ser productor, anhelo vagamente relacionado con sus aficiones literarias. Eddie es el autor de la mayor parte de sus comedias, y ha escrito bastantes cosas no relacionadas con el teatro o la pantalla, aparte del «Sketch Book», de Earl Carroll. Ha publicado cuatro libros: uno, autobiográfico, editado por Harpers, y los otros, satíricos y humorísticos, editados

DINERO en su CASA

Hombres y mujeres que sepan leer y escribir, pueden ganar dinero en cualquier localidad, sin salir de su casa.

Escriba a:

PUBLICACIONES UTILIDAD

Apartado 159 - VIGO - España

por Simon y Schuster. Ultimamente ha publicado, además, «Yoo! Hoo! Prosperity», obra que ha tenido un gran éxito de público después de publicada por entregas en el «Staurday Evening Post» y el «Liberty Magazine».

«Me gustaría escribir una comedia, producirla e interpretar el papel de protagonista, y no es egoísmo, sino hacer lo que más conozco.»

Su número de canto y baile para el estreno de «Un loco de verano», ha sido una de las cosas que le han ocupado durante su estancia en Nueva York. Se contrató para

dar cinco funciones al día durante una semana en el Brooklyn Paramount, y una emisión por radio cada domingo por la noche en la estación de la NBC. Además, sostuvo conferencias diarias con Simon y Schuster respecto a sus libros, se puso de acuerdo con Heywood Brown respecto a su aparición accidental en la revista «Shooting the Works», buscó un nuevo argumento para filmarlo y se ocupó en otras mil cosas.

ALTAVOZ

El que el hijo siga el oficio del padre no reza con Irving Pichel, pues ninguno de sus tres hijos tiene la menor intención de seguir las huellas del padre en el teatro o en la pantalla. Sus hijos han visto actuar al gran actor de carácter solamente una vez en la pantalla. En esa ocasión fueron al cine acompañados de su madre, y el menor de ellos, después de ver a su progenitor en la pantalla, pareció estar tan satisfecho, que dirigiéndose a la madre, le dijo: «Ya hemos visto a papá. ¿Cuándo nos vamos?»

A los diez y siete años de edad, Tallulah Bankhead, la bellísima «vedette» de la Paramount, apareció en una película por el hecho de haber sido premiada en un concurso de bellezas femeninas.

Richard Arlen, después de tomar un sandwich o un helado, corre al departamento de publicidad y se sienta ante una máquina de escribir a despachar parte de su nutrida correspondencia con los cronistas de deportes. Arlen, que ha sido repórter, halla en la atmósfera del departamento de publicidad mucha semejanza con la de la redacción de un diario.

RISLER * RISLER

¿ESTÁ Vd. CONTENTA DE SU CUTIS?

Vea Cómo Se Moldean Los Rostros

De Las Manos Del Dr. Kleitzmann Salen Los Rostros Más Encantadores



Un Tratamiento Que Parece Mágico Pero Que Es Real, Devuelve La Tersura A Los Cutis Marchitos

Cinco años ha tardado el doctor William Kleitzmann en descubrir este secreto, trabajando activamente hasta conseguir la felicidad de la mayoría de mujeres norteamericanas. En Nueva York y Hollywood le llaman EL MAGO DE LA BELLEZA. Con sus estudios ha hecho posible que la mujer no envejezca nunca. Las más eminentes artistas de la pantalla, del teatro y del music-hall, deben al doctor Kleitzmann el éxito de su juventud eterna y de su belleza. Recuerde a Mary Pickford, Pola Negri, hermanas Gish, Mabel Rolland, Gloria O'Donell y

muchas otras que usted creará son casos excepcionales, y no son más que unas de tantas mujeres que conocen el secreto de este sabio dermatólogo.

¿En Qué Consiste Este Secreto?

Nuestra piel—dice el doctor Kleitzmann—está formada por unos tejidos finísimos, cuyas fibras absorben todas las substancias que se ponen sobre ella. El maquillaje, las materias cáusticas de muchos jabones, el polvo de la calle, el sudor y otros muchos cuerpos impuros, la piel los absorbe y

acumula hasta que los tejidos no transpiran bien; los poros se dilatan y la piel se arruga y marchita, a pesar de que la mujer se encuentre en plena juventud. En estos casos tan frecuentes aun hoy día en mujeres de veinticinco a treinta años y que aparentan tener cuarenta, lo primero que debe hacerse es suprimir el empleo para la piel del rostro de jabones cáusticos perjudiciales a los cutis delicados. En sustitución del jabón debe usarse antes de acostarse la CREMA «RISLER», de Noche, el más sensacional descubrimiento para la juventud perenne de la mujer. La CREMA «RISLER», de Noche es el mayor detergente de la piel. Penetra hasta lo más recóndito de los tejidos, los purifica, eliminando sus impurezas, y refresca y nutre los poros relajados. La piel tratada así, adquiere la firmeza y tersura que es peculiar en los cutis jóvenes de una mujer moderna.

Si No Está Contenta De Su Cutis Cambie Su Piel Por Otra Tersa Y Hermosa

Basta emplear en la forma que ya indican los prospectos la CREMA «RISLER», de Noche, al acostarse para rejuvenecer la piel, y la CREMA «RISLER», de Día, durante la jornada para embellecerla. Uno y otro producto son patente de invención del doctor Kleitzmann.

ÚNICA OCASIÓN PARA EMBELLECKERSE GRATIS

No Gaste Dinero En Balde

Pida muestras de los productos «RISLER» y un recetario de Belleza que gratuitamente le hará para usted sola el propio doctor Kleitzmann. Llegado a España para demostrar a todas las mujeres españolas la magnitud de sus descubrimientos. Indique edad, color y calidad de su piel, cabello, etc.

Diríjase al concesionario para España, señor J. P. Casanovas, Sección 29, Ancha, 24, Barcelona. (Precisan 0'50 sellos para gastos de franqueo.)

The Risler Manufacturing Co.
New-York - París - London

«Risler»
Publicity
núm. 811



• PAULETTE GODDARD
Actriz de la M.G.M.

Joan
Crawford

Las hormiguitas del estudio

por CARMEN DE PINILLOS

la Garbo o a Joan Crawford o a Norma Shearer en la pantalla del mundo entero.

Son las «inspectoras del film». Su deber consiste en descubrir el más mínimo defecto en los millones de metros de cinta que pasan a través del laboratorio. Cada centímetro, repetimos, es objeto de cuidadosa inspección personal.

Una de esas muchachas ha estado diez años en el estudio, y nunca ha visto a una estrella del cinema en carne y hueso.

En otros talleres, son hombres los que se sientan ante las máquinas complicadas por donde se corre la cinta. Estos son los «impresores». Del negativo que sale de la cámara imprimen y preparan los positivos que se exhiben en los teatros. Dos veces al día salen del cuarto oscuro en que trabajan y se van a jugar al sol y al aire libre en un pequeño patio a espaldas del laboratorio, para dar un descanso a sus ojos. Jamás visitan ninguna otra sección de los estudios. Ninguna estrella los ve, ni ellos ven a las estrellas; pero las conocen en términos de «densidad» y le dicen a usted exactamente cuántas fracciones de bujía hacen mejor efecto en el rostro de John Gilbert, de Buster Keaton, Wallace Beery, Marion Davies y otras estrellas de la esplendorosa constelación de la Metro-Goldwyn-Mayer, a quienes sólo conocen en los «close ups» y las fotografías a distancia, al regular la luz conforme gira la cinta en los aparatos.

En el departamento sonoro, otros pacientes operarios examinan el «carril» del sonido, o sea la impresión de las voces de los actores. La observan a través del microscopio, a caza de la menor imperfección. La hacen correr

por los aparatos de reproducción del sonido regulando el volumen y haciendo apuntes que servirán después a los operarios de los teatros en que se exhiba la película. Muchos de estos hombres tienen diplomas universitarios.

En los salones de proyección se hacen correr películas todo el día: «rushes», o primeras pruebas, para los directores y cortadores; cintas terminadas para las exhibiciones de venta o para ser examinadas por los productores. También se exhiben producciones de otros estudios para que las vean los escritores y directores.

Nadie conoce, sin embargo, a los hombres que manejan los aparatos de proyección, a esos hombres encerrados en casetas con pequeñas ventanas de cristal por donde pasan los rayos luminosos que pintan los dramas de la pantalla.

La música embellece la producción. Es un

Los empleados de «atrás de bastidores», ocultos aun a las miradas de los actores y directores que hacen las películas, representan, sin embargo, papel tan importante en la vida del estudio como las brillantes luminarias que aparecen en la pantalla.

No solamente son héroes anónimos, sino absolutamente desconocidos fuera de las cuatro paredes del taller donde laboran... generalmente a oscuras.

Hileras de pacientes muchachas, por ejemplo, trabajan sentadas ante largas mesas en los laboratorios del estudio de la Metro-Goldwyn-Mayer.

Centímetro por centímetro hacen pasar la cinta de celuloide frente a una ventana ligeramente iluminada, examinando cada diminuto «cuadro» del film que proyecta a

Buster
Keaton



RUBIO PLATINO

Lo obtendrá con Extracto Manzanilla Tejero, único producto que dará a su cabello el tan deseado tono de moda.

Deteste los reflejos rojizos que dejan otros productos. Pida a su perfumista el Extracto Manzanilla Tejero "tono platinado".

De no encontrarlo en su localidad, solicítelo a
LABORATORIO E INSTITUTO DE BELLEZA TEJERO - Cortes, 613

factor importante para la emoción, como sucede en «Mata Hari», pero nadie conoce a George Schneider. En un edificio lleno de casilleros que contienen millares de piezas de música y otros tantos discos de fonógrafo, preside a fuer de músico bibliotecario. Le piden esto o aquello para alguna partitura o a veces alguna melodía famosa, otras alguna canción casi desconocida. El músico bibliotecario las desentierra junto con todos los datos de patente. Mas nadie lo ve tampoco, salvo el doctor William Axt, jefe del departamento de música, y el cajero del estudio que le entrega su cheque semanal. Schneider era compositor en otro tiempo; hoy trabaja en la obscuridad, por más que sea uno de los funcionarios importantes en la factura de films.

Los cortadores son los correctores de prueba de la pantalla. Trabajando en pequeños talleres que semejan casetas de teléfono, reúnen las escenas de la película, cortando aquí algún episodio, insertando allá un «close up», volviendo a disponer las escenas cuando lo juzgan necesario para dar mayor coherencia a la historia; mas pocos actores conocen personalmente al cortador. Los directores sí los conocen; a decir verdad, trabajan con ellos. Pero la mayor parte de la gente del estudio no sabe quién es quién entre un cortador o un operador del salón de proyecciones, un dibujante de títulos, un técnico del laboratorio o un bibliotecario, todos igualmente anónimos entre el bullicio y agitación de un gran estudio, aunque todos desempeñan funciones importantes.

Apenas si un puñado de personas sabrá que los magníficos espectáculos militares, tales como «Demonios del aire», son editados por una linda chica, Blanche Sewell, menudita y de aspecto decididamente antimilitar, que es la cortadora más experta de películas militares en los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer. Ella editó «Demonios del aire», «El sargento mala cara» y muchas otras.

Pocas personas conocen tampoco a Hugh Wynn, hombre de cara lúgubre, pero un maestro en editar

las comedias de Keaton; ni a Frank Sullivan, quien tiene la apariencia de un boxeador, pero es incomparable para editar las románticas y delicadas escenas o el drama intenso en que sobresale Norma Shearer.

Hay un hombre en los estudios que afila sierras todo el día para conservar en perfecto estado las herramientas de los doscientos carpinteros. Este individuo es más conocido que cualquier cortador u operario de laboratorio, porque los actores van con frecuencia a mirar curiosamente el funcionamiento de su máquina de afilar. Los jardineros y conserjes, eso sí, conocen o todo el

mundo, y todo el mundo les conoce a ellos.

Otro individuo trabaja todo el día en un cuarto aislado en los estudios fabricando flores artificiales para los escenarios. Su nombre es Steve McDonald. Ha inventado centenares de estilos de flores: rosas lavables de goma elástica o claveles de seda. Hace flores de todo clase de materiales, desde papel hasta vidrio soplado. Sus productos aparecen en todas las películas. El «bouquet» que llevan la Garbo o Joan Crawford es probablemente obra de sus manos. Pero como todos los demás operarios, Steve nunca ve a las estrellas que usan sus flores, ni las estrellas le ven jamás.

El único hombre que ve a todo el mundo y a quien todo el mundo visita, es el cajero de los estudios el día de pago.

Norma Shearer



NORMA SHEARER - Metro Goldwyn - Mayer

Dos compañeros de "Rin-tín-tín"

por ZANITA HEUPEK-PICKEROTT

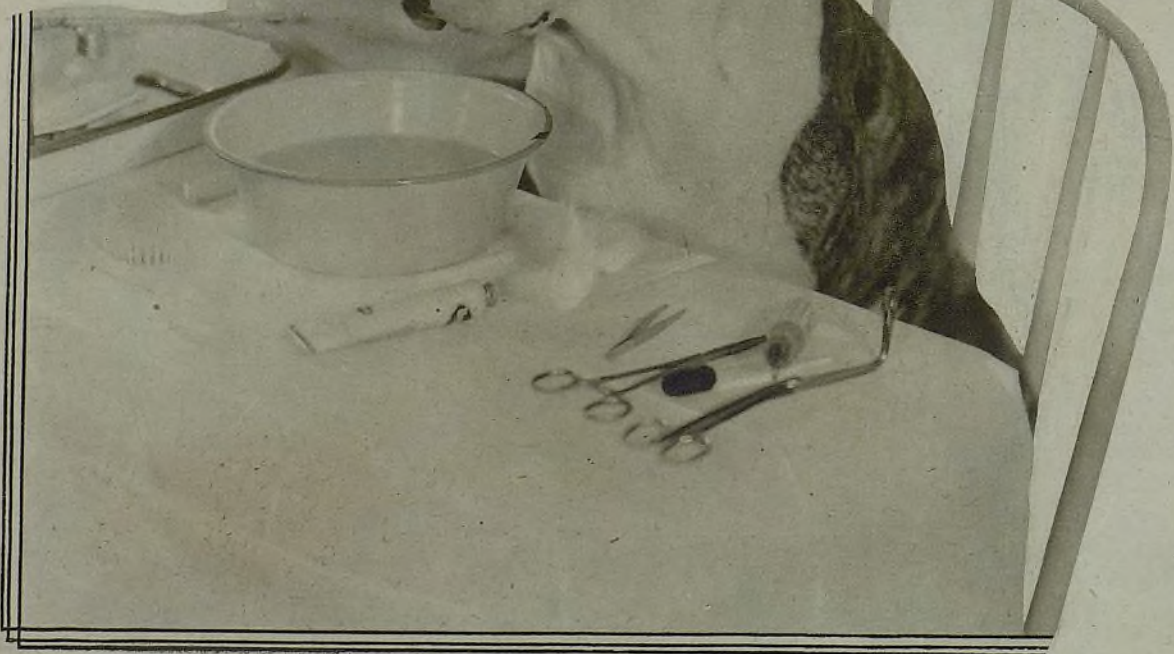
LUMPI y «Blacky» son dos pequeños compañeros del heroico perro policía «Rin-Tin-Tin». Fué allá por el mes de mayo, en los talleres de Neubabelsberg, donde tuve el gusto de ser presentada a esos simpáticos animalitos. Y ello con motivo de una toma de vistas para la nueva superproducción sonora Erich Pommer, de la Ufa, interpretada por Lilian Harvey y Willy Fritsch, «Sueño dorado».

En esta película tiene «Lumpi» un papel de estrella y «Blacky» funciones algo más modestas en el sistema planetario de la cinematografía. A pesar de que «Lumpi» es un sujeto de orígenes completamente burgueses, mientras que «Blacky» pertenece a la aristocracia teatral. Con decir que su dueño es Henry Garat, el Willy Fritsch de la versión francesa de «Sueño dorado», nos parece que ya está dicho todo. El caso de predestinación para la función de estrella cinematográfica no puede estar más claro.

Lo difícil sería tener que decir cuál de los dos animales es más simpático: si «Lumpi» o «Blacky». El primero es de un valor a toda prueba, es el héroe juvenil, sin miedo y sin tacha, el Sigfrido de los perros, y se presenta como un muchacho con los rizos rubios algo sucios, los

ojos como dos puntas de alfiler y la lengua como un pétalo de rosa. El segundo es como una escultura en ébano hecha por un escultor caricaturista. Su pelo es brillante y poco suave, su mirada es melancólica y soñadora, como la de un filósofo pesimista; diríase que en sus ojos están resumidas la nostalgia y la resignación del mundo entero. Es muy difícil decir cuál de los dos es el más simpático, pero me inclinaría, sin embargo, a dar el premio a «Blacky» si se tratara de poner en claro cuál de los dos animalillos tiene un corazón más bueno. Precisamente porque su cuerpo es casi deforme y su rostro poco agraciado. «Lumpi» es un favorito de

«Pete», el perro de las comedias Hal Roach. «La Pandilla» tiene un asistente especial encargado de embellecerlo— ¡igual que una «estrella»! — para sus roles en la pantalla.



Nadie,
ni aún usted misma
notará que está
herniada, si usa el
cómodo, ligerísimo y
diminuto aparato

HERNIUS

(patentado)
Modelo especial
para niños.

Gabinete
Ortopédico

HERNIUS

(salvación del herniado)

Aragón 277 entlo 2º TEL. 76.850

BARCELONA

los dioses, niño mimado de la fortuna, constantemente acaricado por Willy Fritsch y que se puede permitir el lujo de rechazar los bizcochos o los terrones de azúcar ofrecidos por las manos delicadas de Lilian Harvey. Si algunas mujeres y no pocos hombres perderían la cabeza en tales casos, ¿qué le vamos a pedir a un pobre pequinés?

Esto no quiere decir que «Lumpi» carezca de cualidades morales. Todo lo contrario: «Lumpi» es un idealista siempre dispuesto a sacrificarse por su arte, un mártir en cierto modo de su profesión. Hay que haber visto el heroísmo de que da pruebas cuando hay que trabajar en el taller. Acepta todas las pisadas, todos los empujones, todos los desdenes (ya se sabe que la gente de cine en el momento de trabajar son poco corteses) y cuando se trata de repetir una escena, aunque sean veinte veces—el caso es, por desgracia, bastante frecuente—, «Lumpi» es siempre el primero que obedece a la voz de mando.

Como verdadera estrella de la pantalla que es «Lumpi», tiene sus accesos de nervios y sus caprichos, que se presentan súbitamente y siempre sin causa justificada o, por lo menos, conocida. En estos casos,

«Lumpi» desaparece y hay que ir a buscarle en el rincón más insospechado del taller, en un lugar cualquiera inaccesible para los seres humanos, defendido por una red de cables eléctricos o por una muralla de muebles en desuso. Hay que perder horas a veces para descubrir el escondrijo de «Lumpi», y una vez descubierto, las más tentadoras promesas, moduladas por la voz insinuante de Lilian Harvey, no bastan a veces para devolverle el buen humor y decidirle a cumplir de nuevo con su deber. «Lumpi» tiene cuando se emperrea—por así decirlo—un carácter insobornable.

El sentimiento del deber en «Lumpi» es tanto más digno de encomio, por cuanto se manifiesta sin necesidad de los dos estímulos que son los

(Continúa
en «Informaciones»)



MUJERES DEL CINEMA



La superioridad más visible del cinema yanqui reside en esos formidables equipos de mujeres con que cuentan los estudios californianos.

Nadie les podrá negar a los americanos el haber creado un tipo genuino de belleza fotogénica representado por centenares de

LORETTA YOUNG

muchachas bonitas y gentiles de todas las razas.

Una de estas preciosas muchachas, y de las más destacadas por su sensibilidad ar-

tística, es Loretta Young, dama joven de los estudios Warner Bros-First National, que Cinematográfica Almira, distribuidora en nuestro país de estas famosas editoras, ha presentado en varios films, en los que resalta la valía de esta graciosa y gentil criatura que se llama Loretta Young.

No solamente los países supercivilizados del mundo, sino hasta aquellos que parecen vivir al margen del progreso y que conservan aún intactas las tradiciones y costumbres arcaicas de su raza, han sucumbido al encanto de la cinematografía y a ese poderoso espejuelo para cazar incautos que es la legendaria atracción de las ciudades películe-
ras.

LOS PAÍSES ORIENTALES EN LA CINEMATOGRAFÍA por Gloria Bello

China, entre otras, la ignota tierra de los rostros y los corazones herméticos, que hace gala del más pintoresco retraso en sus costumbres, contrastando extrañamente con el adelanto de sus indus-

trias y de la vida comercial del pueblo, ha ofrecido también a la cinematografía mundial varias figuras notables.

La cinematografía, cuyo dinamismo y expresividad es un reflejo fiel

de la psicología del pueblo en el que tuvo su origen, América, parecía ser un arte enteramente imposible de ser comprendido por el indolente y enigmático pueblo chino. Sin embargo, una curiosa estadística nos demuestra que China y el Japón (especialmente este último) son los países del mundo en donde mayores ganancias consiguen las casas

alquiladoras de películas. El Japón hasta se ha lanzado a la producción de películas (no hace mucho nos fué dable admirar una de éstas, magníficamente realizada por cierto, en una sesión Mirador), y ¡ojalá llegue esta naciente industria a cristalizar rápidamente en una importante producción que permitiera dar a conocer por todo el mundo las bellezas pintorescas y la interesantísima y original intelectualidad de aquella tierra.

Tanto China como el Japón, hemos dicho, han tenido figuras que se han dedicado a la cinematografía y han conseguido destacarse poderosamente. Sesue Hayakawa, aquel japonés trágico y temperamental, causó un verdadero furor cuando apareció en la pantalla, hace ya de esto muchos años. Sesue interpretó una larga serie de films, acompañado generalmente por su esposa, Tsuru Aoki, una linda japonesita de leyenda. Este actor ha estado varios años alejado de la pantalla, pero ahora nos anuncian su reaparición en la cinta «La hija del Dragón», en la que aparece con la bella actriz china Anna May Wong.

La actriz que acabamos de nombrar es una de las más legítimas glorias del cine que nos ha legado el Celeste Imperio. Esta muchacha de ojos profundamente oblicuos a pesar de la perfecta europeización de su rostro y su figura, se reveló como una magnífica actriz en «El ladrón de Bagdad», aquella fantástica cinta de Douglas Fairbanks, en la que aparecía en un pequeño papel de esclava china. Anna May es una mujer inteligentísima, culta y perfectamente instruida, que se ha educado principalmente en América a la que ama como a su segunda patria. Esta actriz ha firmado últimamente un buen contrato con la casa Paramount, y anuncian ya el próximo estreno de dos de sus pe-





PELUQUERIA DE ARTE
"MANON"
 INSTALACION PRINCIPESCA
 ESPECIALIDAD EN EL RUBIO PLATINO "HOLLYWOOD"
 PERMANENTES ETC. PRECIOS CORRIENTES
 INSTITUT DE BEAUTE "MANON"
 RAMBLA DE CATALUNA 6 - BARNA.

lículas: «La hija del Dragón», en la que aparece, como hemos dicho, con Sesue Hayakawa, y «El express de Shanghai», con Marlene Dietrich, en la que, según dicen, realiza la mejor interpretación de su carrera.

Existe también un formidable actor chino que nos ha hecho estremecer infinidad de veces con sus tenebrosas caracterizaciones. ¿No recuerdan ustedes a Sojin, ese viejo chino astuto y taimado, de rostro enjuto y largas uñas retorcidas, que encarna maravillosamente al obligado personaje siniestro y repugnante de casi todos los films de asunto oriental? Pocas veces se ha visto en la pantalla un rostro más expresivo en su extática impasibilidad, que el de este singular personaje oriental.

Hollywood cuenta hoy con una numerosa y disciplinada colonia china, de la que echan mano muy a menudo para la filmación de las susodichas películas de asuntos exóticos.

Es indudable que China y el Japón llegarán a tener algún día una perfecta y bien organizada producción cinematográfica. ¡Lástima grande que estos dos grandes países se hayan enzarzado en esa guerra cruel y devas-

tadora, que tanto daño habrá de causar a ambas naciones!

Noticias de la estrella europea Anna Sten

Las noticias a que nos referimos no son propiamente de Anna Sten, sino noticias importantes para la estrella europea trasladada a Norteamérica.

Su perro ha llegado a

Hollywood después de un viaje de 7.000 millas, distancia que hay de Berlín a la capital de Cinelandia, completamente solo, sin guardián ni escolta alguna. El can es de raza siberiana, conocida en Rusia por el nombre «lyka», una especie de Spitz. Se llama Drushok.

Algunas semanas atrás, cuando Anna iba a abandonar Berlín, el perro desapareció. Fué explorado por completo y sin éxito el arrabal de Char-

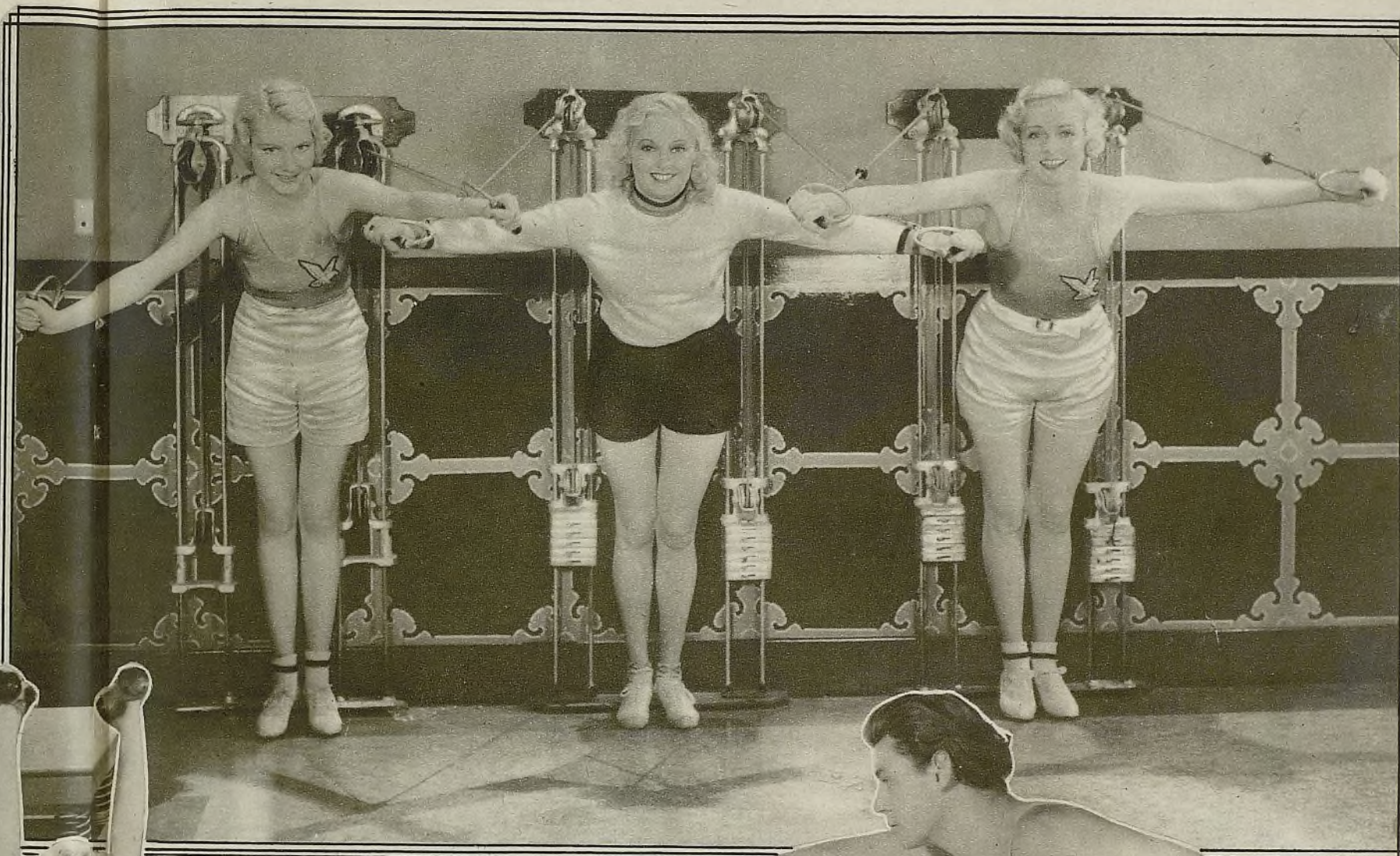
lottenburg donde la estrella tenía su «villa». Al día siguiente, cuando Anna embarcaba en el trasatlántico «Europa», en Bremen, recibió un telegrama. El perro había regresado. Al zarpar el buque para Nueva York, la artista dejó recado de que le fuese enviado el can por otro vapor posterior. Y así, con una semana de retraso ha sido mandado de Berlín a Bremen, de allí a Nueva York, y después a Hollywood. Anna adquirió a Drushok en Kiev (Rusia) y lo llevó consigo, primero a Moscú y luego a Berlín.



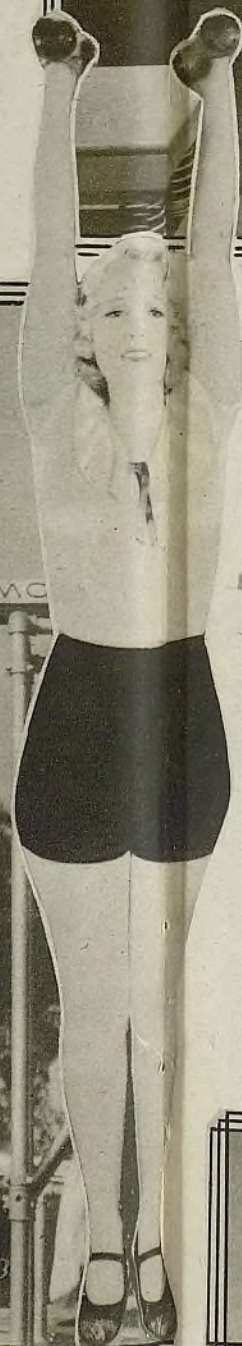
Cuando Astrid Alwyn tira la pelota para que Marjorie King la recoja, los campeones de football tiemblan por sus laureles.



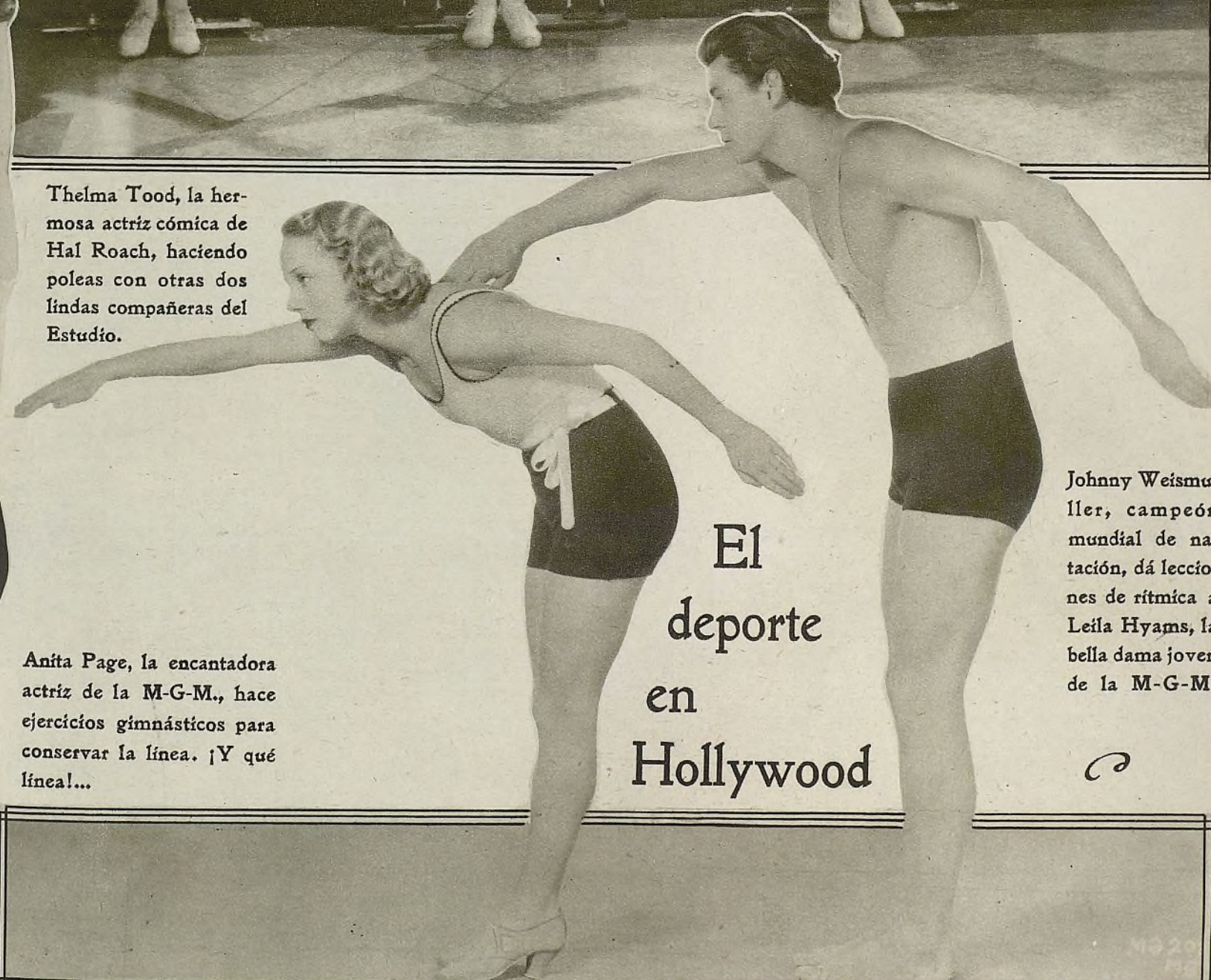
Dutch Smith, campeón de natación de los Estados Unidos, en una "zambullida" perfecta.



Thelma Tood, la hermosa actriz cómica de Hal Roach, haciendo poleas con otras dos lindas compañeras del Estudio.



Anita Page, la encantadora actriz de la M-G-M., hace ejercicios gimnásticos para conservar la línea. ¡Y qué línea!...



Johnny Weismuller, campeón mundial de natación, da lecciones de rítmica a Leila Hyams, la bella dama joven de la M-G-M.

El deporte en Hollywood

CHARLA CON GLORIA SWANSON

EN el gran hotel parisiense inmediato a la plaza Vendôme, Gloria Swanson habla sonriente de su nuevo film, el primero después de «Indiscreta» y «Esta noche o nunca», que está rodando actualmente por cuenta de la compañía que ha fundado en Inglaterra.

Designando un número incalculable de maletas, grandes como baúles, nos dice:

—Tal como usted me ve, acabo de llegar del Sur de Francia, donde he rodado los exteriores de mi film...

—¿... que se titulará?

—«Armonía perfecta», comedia alegre y movida,

realizada por este excelente director de escena, Rowland V. Lee.

—Es usted la protagonista de este film, ¿no es cierto?

—Y estoy muy orgullosa de ello. Tanto más cuanto tengo por «partenaire» a mi marido.

Un poco separado, Michael Farmer, joven y esbelto, elegante y distinguido, sonríe modestamente. Y Gloria Swanson habla con entusiasmo de los maravillosos exteriores que reproducirá en su nueva obra cinematográfica.

—Hemos recorrido todo el «Midi» y rodado en los

más encantadores rincones de la Costa Azul, sobre todo en Cannes, donde se han realizado varias escenas en la sala de juego del «Palm Beach», y otras en plena mar a bordo de suntuosos yates.

—¿Entonces se trata de un film de «exteriores»?

—En gran parte, lo que desde luego ha encantado a mis excelentes operadores Burel, Perinal y Pollock. Mañana partimos para Londres, donde nos dedicaremos sin tardar a los interiores.

Y he aquí a Gloria Swanson ocupándose de sus maletas, infatigable y sonriente, hablando de todo, de sus proyectos, de



Rosita Moreno

ESTRELLA DE LA PARAMOUNT

sobresale entre las estrellas de la pantalla por la fina tersura de su cutis.

Usted también puede tener un cutis bello, suave, de una blancura como la nieve, usando la CREMA LIQUIDA «PATRICIAN» PARA LIMPIAR EL CUTIS. La consistencia de esta crema hace que penetre hasta lo más profundo de los poros, removiendo todas las impurezas que no es posible remover con agua y jabón. Esta rica crema tiene un perfume delicado, sublime, tenaz.

Todas las preparaciones «PATRICIAN» se venden en los principales establecimientos y se usan en los más renombrados salones de belleza, en todas partes del mundo.

PATRICIAN LABORATORIES LTD.
17 East 48th St. NUEVA YORK

CREMA LIQUIDA
PATRICIAN

Pida folleto de todas las preparaciones «PATRICIAN» a

JOSÉ CLUSELLAS, Casanova, 210
BARCELONA

Distribuidor general para España

su bebé, de Hollywood y, sobre todo, de París, de la deslumbrante «Ciudad-Luz».

Gloria Swanson tendrá a su marido por «partenaire»

MICHAEL FARMER, esposo de Gloria Swanson, será el galán de la estrella en «Armonía perfecta», el film de los Artistas Asociados que está rodando aquella en Europa, según un cablegrama que ella ha enviado a América desde Cannes. Esto pone fin a las negociaciones emprendidas en el Nuevo y en el Viejo Continente para hallar un protagonista masculino para esta producción.

El referido cablegrama estaba redactado en estos términos: «Cesen todas

las negociaciones para hallar protagonista masculino. Hallado aquí mismo Michael Farmer. El y algunos amigos suyos nos ayudaron en broma para hacer la escena de la regata y trabajó admirablemente. Al ofrecer el papel rehusó modestamente. Después de mucho insistir para persuadirle Rowland Lee, el director, consiguió aceptarse finalmente.»

Así, aparecerá en la pantalla una nueva pareja compuesta de marido y mujer. Los que conocen a Farmer le pronostican un brillante porvenir. «Mike», como le llaman sus amigos, es joven y apuesto, tiene un metro ochenta centímetros de estatura y es de constitución atlética. Su figura es muy apropiada, pues, para galán de la pantalla. Además ha pasado tan gran parte de su vida en contacto con el cine y el teatro, que está muy familiarizado con ellos, pero ésta será, no obstante, su primera tentativa como actor.

Anteriormente, Gloria Swanson declaró que en el film aparecería un bebé, pero no hay duda de que no será su hija Michele Bridget Farmer, que sólo cuenta dos meses de edad.



LOS GRANDES
ACTORES ALEMANES

CONRAD VEIDT

por
PEDRO SÁNCHEZ DIANA

HA terminado ya la temporada cinematográfica y nada ya nuevo podemos esperar. Sólo un nombre nos hacía esperar: ese nombre es King Vidor, esa película es «La calle»; pero en Madrid no la veremos hasta la temporada próxima, lo mismo que «Billy the Kid».

Este lamentable retraso en los estrenos me recordó uno de los más vergonzosos: el de «La última compañía».

Esta genial producción fué estrenada en Madrid un año después de estrenarse en Barcelona. Yo ya la había visto en la ciudad Condal, pero fui a verla de nuevo apenas se anunció su estreno, «con grandes precauciones», en un cine enclavado en la misma calle donde tuvo que estrenarse «Aleluya!».

Fui a ver de nuevo «La última compañía», no por Joe May ni por Wurt Bernhard, sino por Conrad Veidt.

Conrad Veidt es uno de los casos, tan frecuentes en el cinema, de injusticia y de olvido.

Conrad Veidt es el mejor actor del cinema, y como tal merecía otro trato.

Se hojearán centenares, miles de revistas, sin que aparezca en sus páginas el retrato ni el nombre siquiera de Conrad Veidt.

Este olvido bochornoso está justificado en ciertos países como América, que sólo saben de los cineastas europeos cuando los necesitan para apuntalar su cinema, pero fuera de esto aparentan ignorarlo.

Conrad Veidt hizo en América, contratado por la Universal, «El hombre que ríe», de la inmortal novela de Víctor Hugo. Su triunfo fué inmenso.

Conrad Veidt inició su carrera en aquella «Lucrecia Borgia» antiquísima, acompañado de Paul Wegener y Liane Haid.

Recientemente la vimos y no creímos que aquel fuera Conrad Veidt, un hombre que se movía como un histérico, violenta y frenéticamente, pero...

Hay que considerar la época, aquella época en que el cinema entero se movía demasiado de prisa.

«El gabinete del doctor Caligari», un film de vanguardia, de Robert Wiene, un film en que Werner Krauss, Lil Dagover y Paul Leni parecen padecer un ataque de nervios, y aquí el contraste maravilloso: Conrad Veidt, maravilloso en sobriedad, iniciando ya esos famosos gestos tan característicos de su extraordinaria personalidad cinematográfica.

Su maravillosa fotogenia en contraposición a la moderna de galanes estilizados y falsamente fotogénicos, ha resistido la época de mayor trascendencia del cinema; lustros enteros han pasado y Conrad Veidt sigue adelante y sigue siempre en primer lugar. Algo de lo que le ha pasado en su categoría, algo (muy poco) inferior a Lewis Stone, representante en América del gesto y de la sobriedad, y de lo que le pasará a Clive Brook.

Conrad Veidt, en «El estudiante de Praga», realizó una labor formidable; pero es lamentable pensar que esa cinta se estrenó en España, y en Madrid en una sala de segunda categoría y que casi nadie se dio cuenta de que «Baldwin» era Conrad Veidt.

Su labor sobria, enérgica y tan prodigiosa, fué admirada, tal como lo merecía y tenía que ser.

Toda su carrera artística ha culminado en «La última compañía».

Este formidable poema de las virtudes prusianas encierra en sí la máxima labor de Conrad Veidt.

Fué algo no esperado. Se esperaba mucho, pero no tanto. Su semblante rígido, austero, sus «Goten Hagen», toda su personalidad, todo su aspecto tan rudamente fotogénico, las menores inflexiones de su voz, la más leve crispación de sus músculos, era algo tan extraordinario que jamás podrá reflejarse en la pantalla algo igual.

Hablo como un entusiasta del artista más grande del cinema, hablo con el fervor y la admiración que se debe a Conrad Veidt.

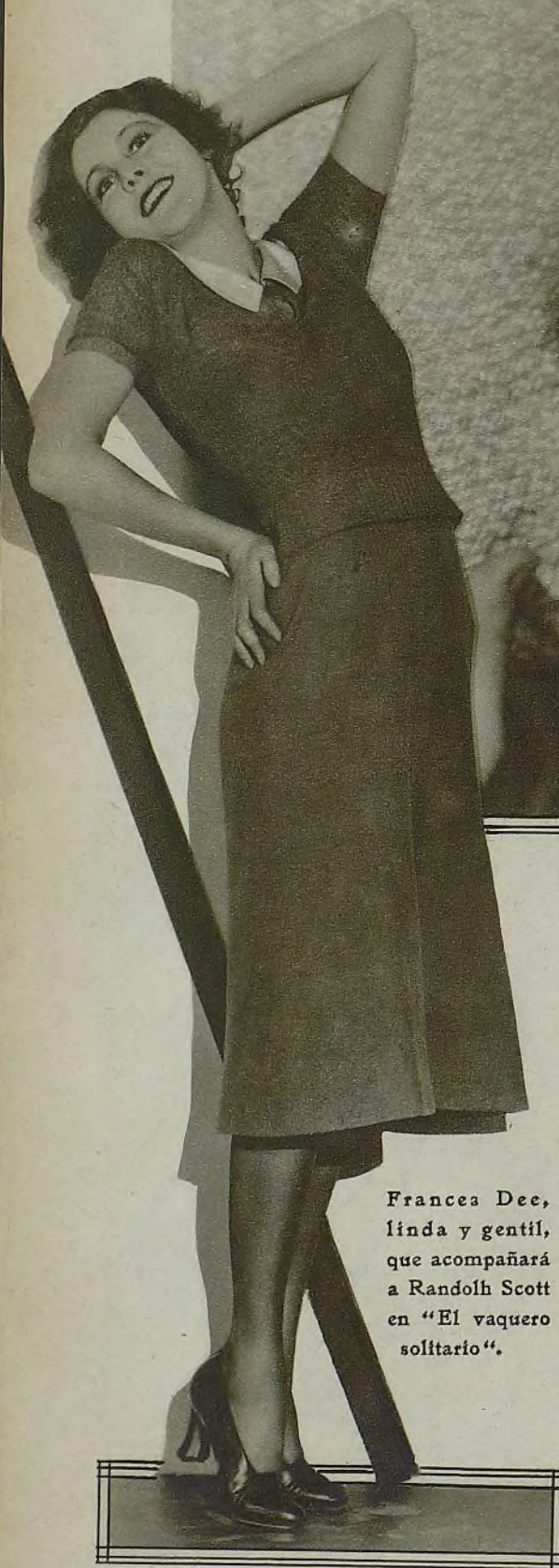
En toda la Europa Central, Conrad Veidt está considerado como lo considero yo, pero nada más que en esos países donde parece haberse refugiado el arte y donde éste encuentra sus más esforzados paladines.

Erich Pommer nos presentará la próxima temporada «El Congreso se divierte». En la

(Continúa en «Informaciones»)



Tallulah Bankhead, figura relevante del cinema yanqui.



Frances Dee, linda y gentil, que acompañará a Randolph Scott en "El vaquero solitario".



ACTIVIDAD EN LOS ESTUDIOS DE CALIFORNIA

LA editora de películas Paramount Public Corporation, acaba de celebrar su convención anual en el Hotel Ambassador, de Los Angeles (California). Al terminar sus sesiones, a las cuales concurren delegados de las principales ciudades de los Estados Unidos, Canadá y otros muchos países, se dió a la publicidad la importante noticia de que la Paramount realizaría sesenta y cinco grandes películas en sus estudios de Hollywood, en los cuales la gran editora norteamericana había decidido concentrar todas sus actividades productoras.

En la conferencia de directores celebrada recientemente en el estudio de la Paramount, se acordó adoptar un plan que revoluciona prácticamente el sistema antiguo de selección de material literario para su adaptación a la pantalla y el método usado hasta aquí para la selección de los «repartos» y de los directores encargados de las realizaciones.

De gran interés para el público es el hecho de que en muchas de las películas que se realizarán en dicho estudio durante la temporada venidera, figurarán dos o más «estrellas», teniendo especial cuidado en evi-

tar la repetición de dos o más nombres en películas sucesivas con el objeto de que no haya monotonía en los «agrupamientos» de artistas.

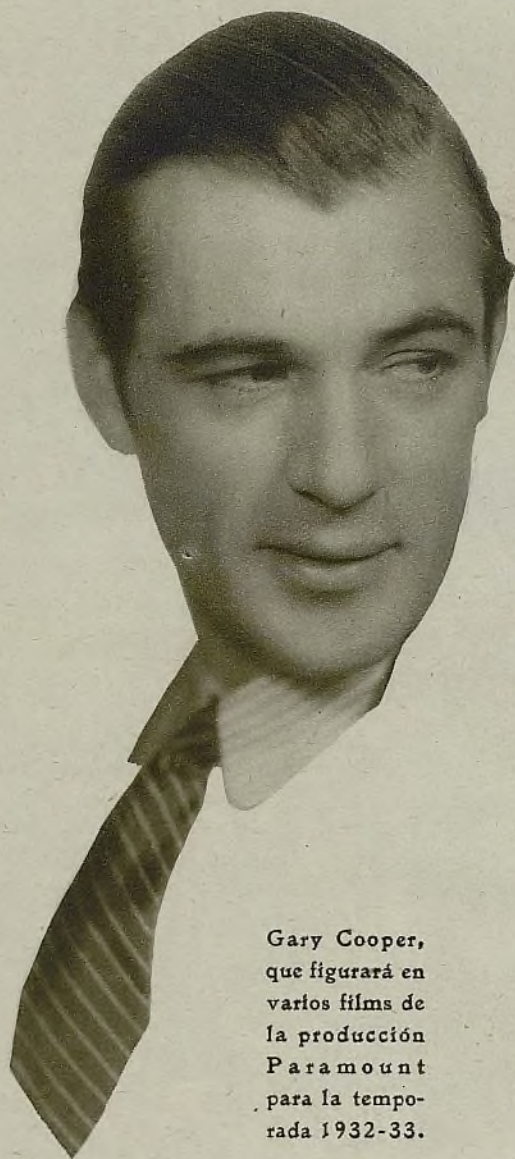
Además de las sesenta y cinco grandes películas que la Paramount tiene en proyecto para la temporada de 1932-33, esta editora tiene en plan de realización otras 241 películas de las llamadas «cortas»; esto es, de uno y dos rollos, las cuales elevan el total de películas a realizar a más de trescientas.

He aquí los títulos de las películas grandes que figurarán en su programa durante la temporada de 1932-33:

«Movie Crazy» («La loca afición»), hilarante comedia interpretada por Harold Lloyd, a quien secundarán Constance Cummings, Kenneth Thompson, Robert McWade, Mary Doran y otros.

«Amame esta noche» («Love me Tonight»), con Maurice Chevalier, bajo la dirección del eminente director Rouben Mamoulian, con Jeanette McDonald, Charlie Ruggles, Charles E. Butterworth y Myrna Loy en el programa.

«La manera de amar» («The Way to Love»), con Chevalier como protagonista.



Gary Cooper,
que figurará en
varios films de
la producción
Paramount
para la tempo-
rada 1932-33.

«El signo de la cruz» («The Sign of the cross»), una gran realización de Cecil B. de Mille, para la cual la Paramount pondrá a la disposición del famoso «metteur» todos los recursos y facilidades de su estudio. En el reparto de esta película figurarán los nombres de Adrienne Allen, Charles Laughton y Charles Starrett.

«La Venus rubia», «Noche profunda» y «Prometida», en las cuales la rutilante estrella Marlene Dietrich encarnará a la protagonista.

«Horse Feathers», literalmente «Plumas de caballo», interpretada por los cuatro hermanos Marx, bajo la dirección de Norman McLeod, que dirigió anteriormente la película de ese cuarteto de comediantes, «Monkey Business».

«Ondas locas» («The Big Broadcast»), película basada en la comedia «Wild Waves», que con tanto éxito se representó en el Broadway neoyorquino, de asunto modernísimo, pues tiene que ver nada menos que con la radio, y en ella tomarán parte algunas de las estrellas de la difusión aérea. En el reparto figurarán, además, Bing Crosby, Stuart Erwin, Lyda Roberti y otros.

«Adiós a las armas» («A Farewell to Arms»), basada en la famosa novela del mismo título de Ernest Hemingway, adaptada a la pantalla por Laurance Stallings. Fredric March y Claudette Colbert se encargarán de la interpretación de los papeles principales bajo la dirección de John Cromwell.

«Pick-Up», película basada en la novela de Vina Delmar, con Carole Lombard y George Raft en los papeles principales.

«El vaquero solitario» («The Lone Cowboy»), versión cinematográfica de la novela de mayor éxito de librería de Will James, en

la cual el nuevo actor Randolph Scott interpretará el protagonista, secundado por la bellísima actriz Frances Dee.

«Se vende todo» («Anything for Sale»), una película de gran intensidad dramática, en la que Sylvia Sidney, Gene Raimond y Richard Bennett, desempeñarán los primeros papeles bajo la dirección de Marion Gering.

«Los espejos de Washington», una película política, interpretada por Tallulah Bankhead, hija de un representante del Congreso norteamericano; Gary Cooper y otros distinguidos artistas. Dorothy Arzner, la única mujer directora, se encargará de la dirección de esta película.

«No casados» («Not Marries»), una realización de Ernst Lubitsch, con Miriam Hopkins en el principal papel femenino.

«El presidente fantasma» («The Phantom President»), una comedia musical de los notables compositores norteamericanos Richard Rodgers y Lorenz Hart.

«En cama ajena» («No Bed of Her Own»), película basada en la célebre novela de Val Lewton, con George Raft y Adrienne Allen en los papeles principales.

«Madame Butterfly», interpretada por Sylvia Sidney, la estrella de «Las calles de la ciudad», con Gary Cooper. Marion Gering se encargará de la dirección de este film.

«El secreto del Lusitania», con Claudette Colbert, Randolph Scott y un reparto completo de conocidos actores y actrices, basada en la tragedia de este buque y en los esfuerzos realizados para encontrarlo en el fondo del mar.

«Hot Ice» («Hielo candente»), paradójico título de un intenso drama en el cual Richard Arlen encarnará el protagonista.

«La tentación roja», vigoroso drama de la Rusia soviética, dirigido por Norman Taurog.

«Aventuras de un lancero bengalí» («Lives of a Bengal Lancer»), interpretada por Clive Brook y Gene Raymond. Numerosas escenas de esta película fueron fotografiadas en India.

«El cantar de los cantares» («The Song of Songs»), popular obra, interpretada por Miriam Hopkins, Herbert Marshall y otros artistas.

«Si tuviese un millón» («If I Had A Million»), basada en la novela de Robert Andrews, «Windfall», con un reparto completo de estrellas.

«Sangre y arena», basada en la memorable novela del inmortal Blasco Ibáñez, con Tallulah Bankhead y Gary Grant, bajo la dirección de Richard Wallace.

«El mal de las mujeres» («The Trouble With Women»), con Mary Boland y un grupo de artistas cómicos, dirigidos por Norman McLeod, basado en la comedia «As Husbands Go», de Raquel Brothers.

«R. U. R.», basado en el milagroso drama de Karel Capek, dirigido por Rouben Mamoulian, y en el cual desempeñarán los papeles principales Sylvia Sidney y Fredric March.

«Riddle Me This», basado en el grandioso éxito de Broadway. El título en español de esta película es provisionalmente «Descifre este enigma».

«Fuegos de primavera» («Fires of Spring»), en la cual volverán a aparecer juntos Fredric March y Claudette Colbert. Esta película es la versión de la novela de Edwin Justus Mayer, del mismo título.

«Habitaciones contiguas» («Connecting Rooms»), basada en la farsa neoyorquina, «Nublado con chubascos».

«La llave de vidrio» («The Glass Key»), en la cual Carole Lombard encarnará el principal personaje femenino. Basada en la famosa novela, de gran éxito, de Dashie'l Hammett.

«El crimen del siglo», basada en un drama de gran sensación en Europa.

«Sueño sin fin», por Ursula Parrott, autora de «La divorciada» y «Los desconocidos pueden besarse».

«The West Pointer», película basada en un episodio de la famosa Academia Militar nor-

teamericana, en la cual Cary Grant encarnará el protagonista.

«Un sábado agitado» («Hot Saturday»), basada en una novela de Harvey Ferguson. Carole Lombard figurará a la cabeza del reparto de esta película.

Además de las anteriores películas, la Paramount completará el programa de la próxima temporada con las siguientes, cuya realización está ya aprobada: «La muchacha sin albergue», «Madison Square Garden», «No puedo ir a casa» y «Setenta mil testigos». También tres películas de asunto rural: «La frontera que desaparece», «Swanee va al Oeste» y «Bajo las estrellas del desierto». Johnny Mack Brown será el protagonista.



Carole Lombard, la bellísima actriz, que será heroína en varias películas de las que se preparan en los Estudios Paramount.

**Frederich March
en su doble ca-
racterización del
"Dr. Jekyll" y
del monstruoso
"Mr. Hyde".**

fesión al servicio de los pobres, que realiza el bien sin ostentación, de un modo natural y exquisito. Todos los desamparados le adoran, todos los artistas, lo mismo que los necesitados de justicia, le siguen y le comprenden.

Sin embargo, todo el bien que hace durante el día, cuando el sol poderoso ilumina todos los senderos—hasta los del alma—, es destruido, vilipendiado por el «otro yo», Mr. Hyde, que en la sombra nocturna acecha a sus víctimas y las cubre de ignominia y de dolor.

Al día siguiente el «lado bueno» de su mismo sér, el doctor caritativo y desinteresado, remedia en lo posible el mal causado, restaña heridas, cura dolores, alivia penas, consuela, conforta; adolorido, consciente quizás de lo inexorable de esa lucha tremenda, continua, feroz, entre las dos partes de su propio sér. Esto es, en síntesis, la trama de la obra. Es el mismo mito antiguo del Bien y el Mal, del diablo y el ángel, de Ariel y Calibán.

La transformación a mímica de los dos personajes, el desdoblamiento que se efectúa por dentro, desencadenando o controlando las pasiones, se refleja fatalmente en el físico del hombre. Al Doctor Jekyll corresponderá el tipo del hombre bueno, sencillo, amable, que vive dedicado a la ciencia y a la humanidad. Solamente el verlo provocará la simpatía, el amor, la gratitud.

El otro, Mr. Hyde, es un tipo repugnante de criminal nato, con cuerpo vagamente antropomorfo, con cráneo de pitecántro-

UNA CARACTERIZACIÓN DOLOROSA

por J. SÁNCHEZ ESCOBAR

DESPUÉS de la espléndida versión cinematográfica de la obra «Doctor Jekyll and Mr. Hyde», hecha hace algún tiempo por John Barrymore y que constituyó uno de sus más sonados triunfos, pa-

recía imposible superarla. Sin embargo, Frederich March, el joven y atildado actor de la Paramount, lo ha logrado esta vez, afianzando aún más su creciente y envidiable reputación.

En esta obra su autor

quiso poner de relieve esos dos aspectos del alma humana que están siempre en continua lucha y que desde que el mundo es mundo han presidido todas las actividades del hombre. Este se ha inclinado unas veces

del lado malo, cruel, brutal, que casi todos tenemos; otras veces, del lado bondadoso, sentimental, recto e idealista, que también vive en la misma morada carnal.

El Doctor Jekyll es el hombre que pone su pro-

po; es decir, casi de mono, pero con la agravante de la mirada aguda, degradada, de un hombre actual vicioso, cruel, despiadado.

Frederic March pudo hacer estas dos caracterizaciones admirablemente. Pero en las escenas asignadas a Mr. Hyde, tuvo que arreglarse de tal modo la cabeza y los rasgos de la cara por ciertos medios de los que guardan el mayor secreto los expertos en maquillaje, que, de joven guapo, de facciones interesantes, expresión inteligente, como es su rostro en la realidad, se convirtió en el hombre más deforme y monstruoso que uno se pueda imaginar. Aparte

de este maravilloso cambio de tipo físico, el gran actor que es él, ha desplegado todos sus conocimientos y experiencia y los ha puesto al servicio de esas dos caracterizaciones tan opuestas. Sin embargo, March ha declarado que si no se le exige por la opinión pública y por los productores de una manera ineludible, preferirá no volver a revestir jamás ese rostro espantoso que adoptó en Mr. Hyde.

Durante las escenas hubo de sufrir torturas indecibles, pues a fin de deformar el rostro especialmente, March recurrió a estratagemas del oficio que le convirtieran en un verdadero mons-

truo muy cercano de un chimpancé sanguinario y terrible. Dientes postizos, colmillos salientes fuera de unos grandes belfos, una nariz de base aplastada y abierta desmesuradamente, los ojos completamente abiertos y los párpados estirados en arrugas irregulares y asimétricas. Además de esto, las cejas aumentadas con enorme pelambre que hacía sobresalir el arco frontal, y sobre éste una cabellera hirsuta y desaseada, toda enredada, además de un vello largo y ralo que cubría el maxilar protuberante y brutal. Tal es, a grandes rasgos, el aspecto de la cara de Mr. Hyde.

—De lo que más sufrí

fué de los ojos—dice March, sonriendo ahora que ya todo terminó—. Con arreglo hecho para deformarlos en un rictus asimétrico, en ambos lados era difícil para mí el mantenerlos abiertos y, sin embargo, no podía parpadear ni una vez. Las luces me irritaban, las lágrimas pugnaban por salir a causa de la irritación constante producida por el maquillaje y por las luces klieg. Me sentía nervioso y acobardado. Los ojos son sumamente delicados y me dolían terriblemente. Lo único que me causaba cierto alivio era ponerlos en blanco de vez en cuando, pero este descanso era solamente momentáneo.

Durante toda la película trabajé con un dolor de cabeza terrible, y al terminar había perdido cuatro kilos de peso por la excitación y las molestias que me causaba la caracterización.

Además, la contracción del cuerpo a fin de dar más relieve al personaje, dejaron mis nervios doloridos y esta molestia sólo desapareció después de algunos días de acudir a casa de un especialista en masajes eléctricos.

La gloria cuesta siempre sacrificios, y «El hombre y el monstruo» es, sin ningún género de duda, la producción que eleva a la cumbre gloriosa el nombre de Frederic March.



Frederic March con Rosa Hobart en "El hombre y el monstruo".

• popular film •

CHARLIE CHAPLIN

Después de largos meses pasados en Europa, un viaje triunfal por todas las grandes capitales del Viejo Continente, un cruce hacia el soleado Oriente y una entusiasta acogida en el Japón, Charlie Chaplin, el genial mimo, acaba de llegar a Hollywood para reintegrarse al trabajo sin demora.

Mientras el «Suwa Maru» bogaba hacia Tokio, el gran artista, en compañía de su hermano Sydney, había preparado y efectuado el cuidadoso «découpage» del argumento de su nuevo film, cuya realización acaba de emprender en sus estudios de California.

¿Cuál es su asunto? ¿Cómo se titulará? Misterio.

Se ha rumoreado que sería «El club de los suicidas», se ha hablado de un nuevo género, pretendido que esta nueva producción sería hablada, cuando menos en parte.

Charlot ha permanecido mudo; no ha hecho hasta hoy declaración oficial alguna.

Se sabe únicamente que el célebre productor ha decidido no abandonar Hollywood hasta que su film esté terminado.

La esposa de Sydney Chaplin, durante el viaje de su marido, se trasladó a Hollywood para preparar cuidadosamente el «home» de su cuñado a fin de que todo esté a punto para recibirle. Acaba de regresar a Francia en el transatlántico «Paris», llegado al Havre hace unos días. Por su parte, Sydney Chaplin ha emprendido el camino del regreso y se ha embarcado en Tokio a bordo del «Perukini Maru», que a fines de julio actual le dejará en Marsella.

Y durante algunos meses reinará el silencio en torno de Charlie Chaplin. Después de las fastuosas recepciones en los salones de los grandes de la tierra, el delicioso «farniente» en las playas de la Costa Azul y entre las nieves de St. Moritz, las horas de dulce despreocupación pasadas en Francia junto a su hermano Sydney y su graciosa esposa, durante meses, dejará el smoking, el traje de etiqueta, el maillot de baño y el vestido de ski para tomar su viejo y raído traje, sus zapatos destrozados, su pequeño bombín y su bastoncillo.

Y Charlie volverá a ser Charlot, el artista genial que quizás sea el único entre las estrellas del cinema que posea el don de hacer reír y llorar al mundo entero.



ELISA LANDI

NOMBRE ayer desconocido y hoy aureolado ya de un prestigio que muy contadas figuras femeninas del cinema han alcanzado.

Elisa Landi es una mujer excepcional. Su figura es flexible y armónica; su rostro, de facciones irregulares, no puede clasificarse entre los de belleza clásica—siempre un poco fría, inexpressiva—, pero posee, en cambio, el irresistible encanto de las fisonomías singulares, únicas.

Y por encima de esta figura gentil, de este rostro atractivo, Elisa Landi tiene una ductilidad y un talento artístico que justifican la celebridad lograda tan rápidamente.

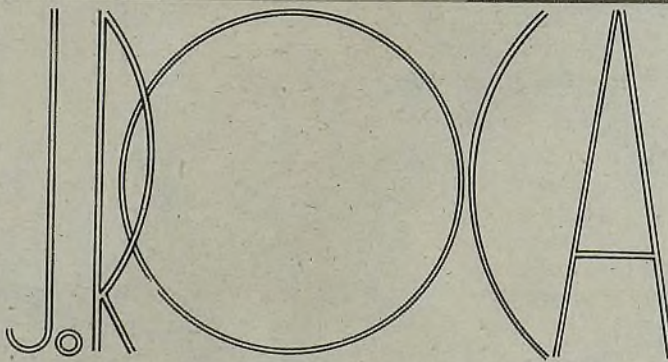
A esta mujer extraordinaria no la ha hecho la propaganda y mucho menos el favor—muchas veces por causas inconfesables—de ningún magnate del cinema, sino su formidable temperamento, que la hace apta para dar al espectador la dimensión emocional del personaje que interpreta.

GAZEL

JOYERO



PRESENTA EN
PLATERIA LO
MAS NUEVO
Y ORIGINAL.



RAMBLA CENTRO, 33 PASAJE BACARDÍ, 2

• popular film •

“Ensueño”

Vals

De Roldán Tendisuelo

II

a tpo.

cresc

p

f

cresc

ff *rall* *dim* *p*

PREPARE SU AGUA DE MESA
CON LAS INSUSTITUIBLES

SALES LITÍNICAS DALMAU

Ayuntamiento de Madrid



• POPULAR FILM •

Miserias y grandezas del cinema

por PEDRO SÁNCHEZ DIANA

(Conclusión)

El cinema actual se halla adulterado grandemente; la causa es de todos bien conocida.

Primero, los films de episodios; segundo, las operetas y revistas. Los primeros retardaron su éxito, los segundos estuvieron a punto de torcer el rumbo de triunfos del cinema sonoro, y hoy día aún imperan por doquier; hasta de quien menos se esperaba, de Joe May, del realizador de «Asfalto», se han recibido operetas, admirables sí, pero operetas.

Con la literatura, con la música y hoy día con el cinema—arte complejo—, ha pasado siempre lo mismo. La mayoría no lo entienden; miran, pero no ven; escuchan, pero no oyen. Su alma atrofiada a todo sentimiento artístico, no puede captar nada que represente arte en la inmensa extensión de esta palabra. Arte es perfección, y como tal sólo la pueden apreciar aquellos que con toda su alma se conmueven ante la belleza.

La multitud es un inmenso alud, una piedra. Alguien que diga alguna frase, la repite; otro, pretendiendo alcanzar su categoría, y otro, y otro, todos, parodian su frase: la frase del hombre desconocido, la frase del bienhechor del arte. Todo ser que pretende ser artista (?), copia lamentablemente conceptos, ideas, dichos, y es incapaz de comprender que al cerebro no se le manda, que eso nace con una individualidad característica y muere con ella.

Nosotros queremos comparar la masa que va al cinema con una escuela de niños, porque eso son en realidad; la mayoría miran, pero no ven; las explicaciones del profesor no les pasa de los oídos; su alma no se impresiona; bostezan cuando el profesor les dice una verdad; si es muy amarga ésta, protestan; si pudieran, patearían; pero les impide esta herejía el ambiente; un número menor, pero lamentablemente abundante, observa con adulación las figuras que dibuja en el encerado, y una insignificante minoría no habla durante la explicación, le es imposible, la emoción se lo impide, ellos saben cuando está mal y cuando está bien, pero se limitan a patear con valor y a aplaudir con heroísmo. Este símil con el cinema es la expresión del público: el profesor, la pantalla; la inmensa mayoría, la de los mos-

trencos; lo que lamentablemente abunda, los que se llaman cineastas y que consideran de buen gusto hablar de primeros planos, y la minoría la constituyen Rafael Gil, Augusto Ysérn, Alfredo Cabello, José Castellón Díaz y algunos más diseminados en la masa, entre los cuales me cuento yo con legítimo orgullo: el de no confundirme con las manadas. A ninguno lo conozco personalmente, pero si estas líneas leen sabrán el apoyo que tienen con mi modesta pluma.

El público está ahora en los principios de su educación artística; todavía patea obras de arte, pero esto son cosas explicables en chiquillos o en deficientes mentales.

Unas veces ha pateado con nuestro elogio (muy pocas), otras ha aplaudido (muy numerosas) con la ayuda de nuestra protesta.

Nunca podremos olvidar el primer pateo que se registró en Madrid: el de «Fedora». Todo el mundo estaba sorprendido, nadie comprendía aquello; la gente, hasta entonces, no empezó a considerar el cinema como un verdadero arte; lo consideraba como un pasatiempo cualquiera. Este acto mereció los elogios unánimes, o casi unánimes de la crítica, pero no nuestra aprobación, pues el público pateó aquello por lento, no por malo; aunque quieran negarlo, esa es la verdad.

Si las cosas malas se protestaran, rara vez en los cines durarían en los programas lo que duran ahora ciertas cintas, humillaciones del arte, que no se ha creado precisamente para que un pollito con una toalla al cuello nos cante anestésicas canciones.

Recordamos pateos tales, tan indignantes, que faltó poco para que nos lanzáramos contra la jauría, cuyos ladridos importunaron a King Vidor y a Eisenstein y, en cambio, oímos aplausos que la empresa había comprado, pues es necesario que se sepa que el Palacio de la Música tenía el año pasado «claque». Quieren comparar el cinema con el teatro, humillación para el primer arte verdaderamente vergonzosa.

Se protestaron «La marcha nupcial» y «Lilión». Von Stroheim y Borzage fueron humillados vergonzosamente por la masa; pero eso les pasa por ingenuos, por creer que la masa tiene su virilidad y su inviolabilidad, cuando en realidad no vale la pena su aprobación ni su disconformidad.

Esa masa ha pateado, entre muchas, «Ro-

manza sentimental» y «Tempestad en Asia», cuando se daban en sesión corriente, pero esos mismos «protestantes» las aplaudían cuando se exhibían en sesión de arte. Es decir, que reconocían su valor (afirmación gratuita) y las pateaban. Pero eso no puede ser; la verdad es que las aplaudían para vanagloriarse, para presumir de cineastas, sin saber que el verdadero cineasta aplaude a pesar del público y a pesar de todo, y dice lo que piensa según opinión, no calcada de otro.

Ese lamentable espectáculo es el que ofrece el público español, un público atrofiado por los malos films y la mala crítica.

Un público al que le aburre «Dos mundos», la genial obra de Dupont, un público que se ríe de Zasu Pitts, a la que cierto periodista (?)—no cineasta—, que tiene el valor de escribir sobre cine, la señaló como un Buster Keaton con faldas. Ese señor se llamaba Darío de Verona; ahora no se llama así, por lo menos para mí.

Ante el cinema se han abierto amplios horizontes, pero éstos no los captarán nunca con éxito de público la cámara tomavistas. El ideal nuestro sería que todo el mundo fuera un «Estudio 28». Si eso llegara, sería ya el triunfo del primer arte sobre el público, pero para triunfar sobre este público es necesario algo tan ínfimo, que significa un retraso en la civilización intelectual. Mientras exista un público tan temible como para que los empresarios de Madrid no se atrevan a exhibir en los cines de la Gran Vía cintas tan sublimes como «Aleluya» y «La última compañía», obras máximas de King Vidor y Joe May; cuando Conrad Veidt se ve postergado por Jack Oakie; cuando eso sucede con un público, lo mejor que con él se puede hacer es desistir de su educación, seguirle intoxicando hasta que se harte de cinema, que mientras no lo comprenda no se le debe dar ni Pabst, ni Lang, ni Vidor, ni Ruggles. Todos estos nombres quedan sin brillo ante esa caterva de llamados directores; sus realizaciones quedan sin notoriedad ante esa invasión de aullidos y músicas estridentes; sus obras quedan en el incógnito, excepto para los hombres de corazón; su labor está ahora desdeñada por la masa, lo mismo que la de los apóstoles. Ellos morirán, pero su arte quedará vivo como un documento de la historia del primer arte, y el arte es lo fundamental en la vida humana.

Dos grandes estrellas de la pantalla

Si existen estrellas de la pantalla cuya popularidad fugaz lleva un momento su fama hasta las nubes para dejarlas caer en seguida en el olvido, existen otras, pocas y privilegiadas, que resisten victoriosamente la acción del tiempo, la ingratitud y la indiferencia de las multitudes, y continúan haciéndose aplaudir en todas las pantallas mundiales.

Entre estos favoritos de la gloria, dos nombres se destacan netamente: Charlie Chaplin y el ratón Mickey. Por extraño que parezca el que se junten y acerquen estas dos personalidades del cine mundial, lo cierto es que Mickey Mouse, el pequeño ser tan simpático, inmortalizado por Walt Disney, comparte con Charlie Chaplin el privilegio del renombre universal, el goce de la fama internacional.

No ofrece duda que Charlot y el ratón

Mickey son los héroes de la pantalla que gozan de una misma popularidad en todos los países del mundo, tanto en América como en Europa, en Asia como en Africa o Australia. Verdad es que tienen ambos numerosas semejanzas, afinidades comunes y parecidos medios de expresión. ¿No son decididos adversarios de la palabra, no prefieren ambos, antes que valerse de fastidiosos diálogos, servirse a menudo de los efectos sonoros y elementos musicales para expresar sus sentimientos? Esta es, verosímilmente la razón fundamental de la simpática acogida que el público reserva a los films de Charlot y a los del ratón Mickey, obras humanas ante todo y sinceras que provocan la misma emoción en todos los países, en Francia y en Alemania, en España y Escandinavia, y en todas partes donde se encuentre un público ante un aparato de proyección.

Pero lo más curioso es que se acaba de saber que Walt Disney, al crear su ratón Mickey, ha pensado en Charlie Chaplin y que es el mimo genial quien, en realidad, es el padre espiritual del pequeño y divertido ser, animado por Disney, que ha logrado conquistar irresistiblemente el mundo.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Para
SUSCRIPCIONES
de
POPULAR FILM

dirigirse a
**LIBRERÍA
FRANCESA**

**RAMBLA DEL
CENTRO, 8 y 10
BARCELONA**

D.

se suscribe a **POPULAR FILM** por
SEIS MESES **UN AÑO**

1 Ptas.

15 Ptas.

cuyo importe les envío por giro postal—les incluyo en sellos de correos (en este caso certificar la carta).

Domicilio

FIRMA:

Población

Provincia

Observaciones para su envío:

NOTA: Téchese el plazo de suscripción que no convenga.



INFORMACIONES



Dos compañeros de "Rín-tín-tín"

(Continuación de la pág. 4)

motores verdaderamente indispensables del arte cinematográfico: la gloria... y el salario. «Lumpi» debe ser la realización del verdadero artista ideal que crea tan sólo por el placer de crear. Pero si esto indica en «Lumpi» una gran modestia, sería a la vez una injusticia pretender que «Lumpi» sea el más modesto de los mortales, porque el record de la modestia corresponde, sin ningún género de dudas, al pobre «Blacky».

Pobre «Blacky», en efecto, condenado a la pasividad en los momentos más culminantes, mero espectador silencioso en la creación de tantas y tantas películas. «Blacky», quieto en un rincón, espera todo lo que

haya que esperar y con sus ojos negros, en los que aparece reflejada toda la nostalgia y toda la resignación del mundo, sigue paso a paso el desarrollo de las escenas en que todos toman parte menos él. El día mismo en que tuve el gusto de ser presentada a «Blacky» fué éste objeto de una broma molesta que concentró hacia él, por unos momentos, la atención y la hilaridad de todo el taller. Alguien que estaba de buen humor —no se sabe si tramoyista, actor, o el propio director de escena—, agarró al pobre «Blacky» por la cola y en un santiamén lo encerró en una inmensa jaula. Las habilidades pajariles de «Blacky» son—ni que decir tiene—escasas. Tanto más cómico era su aspecto, sorprendido, y, al mismo tiempo, más aburrido que nunca al verse aprisionado entre los alambres. Hubiera podido «Blacky»,

por lo menos, ladrar en vez de cantar, pero esto no se lo permitía su dignidad ni su profundo sentido de la resignación. Cuando todo el mundo se hubo divertido de buena gana y reído a sus anchas a costas del pobre «Blacky», se acercó a la jaula su amo y, acompañando el gesto de una sonrisa comprensiva, correspondida por «Blacky» con una mirada de infinito agradecimiento, le abrió las puertas de la jaula. «Blacky» insinuó entre las piernas de su dueño unos movimientos de alegría, y en seguida, sin decir «palabra», se dirigió a su lugar de costumbre para cumplir con lo que parece ser misión de su vida: esperar a que termine el trabajo en el taller para dirigirse a la cantina, el lugar de promisión, donde todos los perritos tristes tienen su hora de alegría, que muchas veces es también la hora alegre de sus amos y señores.

Conrad Veidt

(Continuación de la pág. 11)

versión alemana aparece Conrad Veidt; en la versión francesa aparece sustituido por Armand Bernard. Sin comentarios.

Sólo quiero decir que es incalificable semejante conducta. A Conrad Veidt no se le puede sustituir en un papel creado para él; nadie en el cinema nos daría esa sensación maravillosa de naturalidad y sencillez tan característica en él.

Esperemos que ahora que el cinema europeo predomina en número, que el nombre

de este gran actor alcance su merecida fama en todo el mundo.

Pero creemos que no la alcanzará mientras el público siga siendo lo que es hasta ahora. Para la mayoría, un hombre que no cante, que no baile, que no bese, no puede ser famoso, y en ese caso preferiríamos siempre que Conrad Veidt permaneciera como hasta ahora en el incógnito.

Para un público tan acostumbrado a galanes «bonitos» y «girls» voluptuosas, la figura de Conrad Veidt, su amplísima frente, sus venas hinchadas, les parecerá desagradable.

Conrad Veidt y Von Stroheim son feos

para mucha gente, pero para los que amamos el cinema puro no tiene importancia que el genio sea feo, como no lo tendría que fuera guapo.

La belleza corporal carece de importancia en el cinema; más aún, le es perjudicial. Así ha habido, hay y habrán miles de ignorantes que creen neciamente que belleza es fotogenia.

Y para terminar, nuestra admiración más entusiasta para el mejor actor del cinema, para ese hombre que se llama Conrad Veidt en la realidad, pero que para nosotros será siempre «César el sonámbulo», «Baldwin», y de otra manera no debemos en realidad nombrarle.

REFLEJOS

Jeanette Mac Donald, "La dama del budoir"

ALGUIEN ha llamado «La dama del boudoir» a Jeanette MacDonald, muy acertadamente, por cierto, pues esta admirable y admirada «vedette» de la Paramount ha aparecido en siete de las películas que ha interpretado en el momento de saltar del lecho para dirigirse, envuelta en vaporoso «déshabillé», hacia el tocador. En una o dos ocasiones, Jeanette ha cantado una canción para conciliar el sueño.

En la película «Una hora contigo», en la cual Jeanette aparece por segunda vez teniendo por «partenaire» al aplaudido Maurice Chevalier, hay una escena en la que ambos artistas cantan un sentimental dúo («a media luz»).

La deliciosa rubia de «El desfile del amor», «El rey vagabundo», «Montecarlo» y «Náufragos del amor», volverá a deleitar al público de todos los países con su soberana belleza, su magnífica voz y su exquisito arte.

"Un hombre sin nombre"

SIGUIENDO el programa inaugurado con el estreno reciente de la gran película de Jan Kiepura, «Canción de una noche», programa que consiste en no interrumpir durante el verano, como hasta ahora solía hacerse, el estreno de grandes películas, la Ufa acaba de presentar en el teatro «Ufa-Palast am Zoo», de Berlín, la gran película sonora «Un hombre sin nombre». La dirección escénica de esta película fué confiada por el productor Günther Stapenhorst al conocido realizador Gustav Ucicky. Werner Krauss, el actor incomparable, interpreta la figura del protagonista, secundado por las actrices María Bard y Helene Thimig. Esta última aparecía por primera vez en la pan-

talla sonora. El resto del reparto está integrado por los nombres de Julius Falkenstein, Mathias Wieman, Hertha Thiele, Fritz Grünbaum, Eduard von Winterstein y Hans Brausewetter. El autor del argumento, de gran interés y emoción, inspirado en un célebre cuento de Balzac, es Robert Liebmann. La fotografía ha corrido a cargo de Carl Hoffmann, y los arquitectos escenógrafos Robert Herlth y Walter Roehrig firman el decorado.

NOVETATS DE CAUTXÚ

PER AL BANY.

GORRES - SABATILLES - FLOTADORS



CAUTXÚ CATALÀ

Corts Catalanes, 615
Ronda de Sant Pere, 12
Passeig de Gràcia, 127

Esta nueva superproducción sonora de la Ufa ha obtenido un éxito verdaderamente extraordinario. Al final de la representación, Werner Krauss, acompañado de los demás intérpretes y del director de escena Gustav Ucicky, hubo de presentarse en escena infinidad de veces para corresponder a las ovaciones interminables del público. La prensa y los representantes de las empresas cinematográficas coinciden en profetizar a «Hombre sin nombre» un éxito comercial formidable, a pesar de haber sido lanzada la película en plena estación veraniega. Durante la primera semana de proyección se agotaron las localidades en todas las representaciones.

De esta película ha sido editada asimismo una versión francesa, cuyo protagonista es el célebre actor Firmin Gémier, secundado en los papeles principales por Yvonne Hébert, France Ellys, Ghislaine Bru y Fernand.

Un film realista de aviación

Lo que hará el éxito del film de Howard Hughes, «Diablos celestiales», que veremos la próxima temporada, será el estricto verismo y el sincero realismo de todas las tomas de vistas. Si en muchos de los films de este género los realizadores se han de valer forzosamente de acróbatas profesionales del aire para «doblar» a los artistas en las escenas de peligro, Hughes ha preferido valerse de «ases» de la aviación para interpretar su película. Así es que Spencer Tracy, William Boyd y George Cooper son aviadores notorios, pilotos durante la guerra, y han realizado personalmente las increíbles proezas registradas por los operadores del célebre productor de «Ángeles del Infierno».

La comicidad del argumento, que no excluye la emoción en muchas escenas, añade al film mayor interés espectacular y los elementos empleados por Hughes con su habitual esplendor están perfectamente justificados en vista del resultado obtenido.

AGRUPACIÓN CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA

ELEMENTOS PARA EL CINEMA HISPANO

HAY cabezas tan huecas, o tan llenas de las fantasías leídas en las novelas por entregas, que sentados en un sillón esperan—los propietarios de dichas cabezas—pase a su lado un productor estadounidense, se detenga, los salude y los haga firmar un hermoso contrato para filmar en Hollywood. Ya está hecho. Ya son estrellas.

Estos ilusos no tienen muchas veces los menores conocimientos de nada; no bailan, no practican deportes—no les interesa—, ignorando que aparte de la utilidad directa sirven para dar agilidad y facilidad de movimientos al cuerpo; en cuanto a pedirles que tengan conocimientos artísticos, ¿cómo atreverlos! ¡Bastante hacen los pobres con estar sentados a la espera del director que los va a contratar!

De los periódicos y revistas cinematográficas no leen más que aquellos artículos que nos hablan de que Greta tiene los pies más grandes que su «doble», de que Clara Bow ha dado un nuevo escándalo, etc.

Quieren emular a Menjou, y ¡hay que ver su elegancia!

Quieren achicar a Chevalier, y ¡veámosles!

Desean sobrepasar a Mojica, y no tienen noción del canto. Por lo cual démosles gracias. Bastantes operetas insufribles hemos aguantado ya.

Los que desean ser argumentistas, generalmente son más sensatos, pues ya indica más altas miras el querer serlo; pero también hay algunos que creen que un escenario de una película es un drama teatral;

otros que usando palabras raras y largas retóricas enrevesadas, facilitarán la tarea a quien haya de hacer uso del guión, y así sucesivamente.

Los técnicos.—No les diría yo más que no se olviden, que siempre se ha dicho que en España para hacer cine faltan técnicos (creo que no más que otra cosa, pero eso se dice).

Los directores.—Llegamos, en fin, a los que desean llegar a los más altos puestos; de más mérito, cuando se sepa hacer bien, y también de más responsabilidad, cuando llegue el momento de rendir cuentas al público y al productor.

Los que siguen este camino ¿están seguros de tener la suficiente preparación extracineamatográfica para ello? Tengan en cuenta que aparte los conocimientos de técnica cineamatográfica que han de poseer, son necesarios conocimientos de artes plásticas, música, teatro, históricos y geográficos; en fin, de todo en un grado bastante profundo.

Un momento de inspiración podrá reflejarse en la película, pero no bastará, ni mucho menos, para hacer una película buena, si no va unida a una profunda preparación del film, que no puede conseguirse sin una gran erudición que permita estudiar cada elemento del film y todo él en conjunto y pueda dar la cinta sensación de realidad y de arte.

Los actores, los argumentistas, los técnicos y los directores, tienen en su mano el porvenir del cinema español. Ahora suya es la palabra.

VICENTE M.^a GARCÍA ARENAL

El Boletín de la «A. C. E.»

EN su última reunión, la Junta Nacional tomó el acuerdo de editar un Boletín mensual de la «A. C. E.» que comprenderá las siguientes materias: Un artículo de orientación, la lección completa de un cursillo sobre técnica del escenario y guión, técnica de la cámara, técnica de la mímica, o sobre el maquillaje en el cine; comentarios y noticias sobre las actividades de la Agrupación en toda España, el estado de cuentas mensual para que los socios conozcan exactamente el movimiento de caja, e informaciones de interés general relativas a la «A. C. E.» y al cine español.

Para estos trabajos se nombró un grupo encargado de la redacción de dicho Boletín en Barcelona, compuesto por los señores Mateo Santos, Adolfo Ballano Bueno, Carlos Poch Llopard y el dibujante «Les», y otro auxiliar formado por los señores Salvador Torres Garriga, Francisco Vila, Clemente Plá, Ramón Pascual, Carlos Tomás y Francisco Compte.

Serán redactores corresponsales de sus respectivas localidades, todos los Delegados que darán cuenta del movimiento y trabajos de la «A. C. E.» en sus provincias.

Como la publicación del Boletín implica un nuevo gasto, se acordó asimismo que los socios que pagan la cuota mínima de tres pesetas mensuales, tendrán que añadir a ésta cincuenta céntimos, si quieren recibir el citado Boletín, cuyo primer número aparecerá en la primera decena del próximo mes de Agosto.

Todos los que intervienen en la redacción y confección del Boletín, lo hacen gratuitamente.

ENSAYOS

ADEMÁS del argumento de Mateo Santos, se están ensayando las escenas de otro original de Carlos P. Llopard por elementos de la «A. C. E.» en Barcelona.

Pero como es deseo de la Junta Nacional

que los socios del resto de España puedan ensayarlos a su vez, se enviará una copia de dichos argumentos y unas instrucciones generales a cada Delegado.

De entre todos, residan o no en Barcelona, se elegirán los intérpretes definitivos, teniendo en cuenta sus cualidades artísticas, y siempre que su figura responda al tipo que han de encarnar para la pantalla.

Por esto es conveniente que todos los socios que deseen figurar en el grupo de intérpretes, nos manden su foto para el fichero y datos ya pedidos otras veces, como estatura, peso, edad, conocimientos artísticos, deportes que practican, etc.

Los que así no lo hagan no se lamenten luego de que se les ha excluido de estos ensayos.

Bases para el Concurso de argumentos de la «A. C. E.»

LA «A. C. E.» abre un Concurso de argumentos filmables entre sus asociados, según las Bases siguientes:

- 1.^a Tema: libre.
- 2.^a Extensión: no pasará de siete cuartillas corrientes, escritas a máquina, sin interlineal, ni será menor de cinco.
- 3.^a Escenario: exteriores.
- 4.^a Se hará intervenir el mayor número posible de personajes, con tal de que puedan tomar parte todos los elementos de la Agrupación.
- 5.^a La duración del total de las escenas no pasará de cuarenta minutos.

OBSERVACIONES

El cine moderno es, ante todo, plástica y dinamismo. No literatura. No teatro.

El cine es acción, movimiento, expresión, imagen viva: es síntesis de vida tendida al infinito.

El jurado revisará detenidamente todos los ARGUMENTOS PRESENTADOS y seleccionará, con buen criterio, aquellos que mejor se ajusten a sus condiciones filmables, sin más rigorismo que las posibilidades de realización de la Agrupación.

Se rechazarán aquellos argumentos que no se ciñan a las Bases del Concurso y que no reúnan los elementos cinematográficos indicados, y las que, reuniéndolas, contengan más literatura que acción.

Los argumentos se mandarán bajo sobre cerrado a nombre del Jurado de la «A. C. E.», firmados con

el nombre y apellido, e indicando el número de socio que le corresponde.

Los que vinieren avalados con un lema, sus autores acompañarán en sobre aparte el nombre propio e indicando, como es de suponer, el número de socio.

Este Concurso quedará cerrado el día 31 del corriente mes de julio.

SUSCRIPCIÓN PRO-CÁMARA

A petición de varios socios de Barcelona se abre una suscripción con objeto de adquirir una cámara tomavistas, de paso universal, y empezar cuanto antes la realización de films de la «Agrupación Cinematográfica Española».

El importe de las dos listas anteriores, suman 162 pesetas.

Han enviado después cantidades los socios siguientes:

D. Vicente Navarro Agustí, de Valencia	1 pta.
Srta. María Morés	2 »
D. Francisco Vila Oliva	2 »
» Antonio Aubets, de Manresa	2 »
» Joaquín Valiente	1 »
Srta. Vicenta Valiente	1 »
» María Florines	1 »
D. Guillermo García, de Dos Caminos	1 »
» Francisco Gómez, de Dos Caminos	1 »
» Francisco Parés, de San Quirico de Besora	3 »

Total pesetas. 177

Los que deseen contribuir a la adquisición de la cámara deben apresurarse a hacer sus envíos de dinero en metálico a nombre del Presidente de la «A. C. E.», Ronda Universidad, núm. 1, 1.^o, 1.^o

No hay cantidad pequeña si la voluntad es grande.

Estafeta de la «A. C. E.»

José Martín.—Melilla.—Recibido en sellos siete pesetas. Mandamos recibo y carnet. Mande otra foto para el archivo.

Señorita Carmen Montalbo Moreno.—Alcira (Valencia).—Su carta certificada la recibimos con un mes de retraso. Los carteros se justifican anotando en el respaldo el consabido: «Por hallarse ausente en las horas de reparto». Y se quedan tan tranquilos. Tomamos nota de cuanto dice.

Ramón Alonso.—Colombres (Asturias).—Si usted desea ingresar en la Agrupación, como dice, llene un boletín de inscripción de los que se insertan en POPULAR FILM y mándelo junto con dos fotografías; una para el carnet y otra para el archivo, indicando edad, estatura, peso, deportes que practica y conocimientos artísticos que posea. El carnet importa una peseta y la cuota mínima es de tres pesetas mensuales. Si usted desea recibir mensualmente nuestro Boletín, aumentará cincuenta céntimos mensuales.

Vicente Navarro Agustí.—Grao (Valencia).—Justificada su extrañeza; pero todo se andará. Según los Estatutos, se necesitan como mínimo cincuenta socios para constituir la Junta Local. Pero para pertenecer a la «A. C. E.» no basta con inscribirse y luego desentenderse de todo lo demás. A nuestros Delegados les compete facilitarnos los datos de quienes cumplen y quienes no. Cuando estos datos se nos hayan facilitado y se compruebe que cotizan el número de socios suficientes para la formación de Junta, ésta se formará según indican los Estatutos y es interés nuestro que así sea. Agradecidos, de todas formas, por su interés.

Benito Giménez.—Alcira (Valencia).—Su carta ha llegado a nosotros casi al mismo tiempo que la segunda de la señorita Carmen Montalbo. De todos modos es de agradecer su buena intención. Pero ya ve usted. Como no podemos estar en nuestras oficinas «en las horas del reparto», recibimos los certificados con un retraso de veinte y treinta días. No podemos quejarnos; podían tardar más. Para evitar estos retrasos «por precipitación», hemos dado poderes al conserje del local para que, en ausencia nuestra, él pueda hacerse cargo de la correspondencia certificada. Así es que estos retrasos no creemos se sucedan más. Disponga.

Vigésimasegunda lista de la «A. C. E.»

559. D. Pedro Vela Abellan.—Barcelona.
560. Srta. Encarnación Delgado Martín.—Málaga.
561. D. Casto Martínez González.—Arrecife (Gran Canaria).
562. » Tomás Payá.—Petrel (Alicante).
563. » Bernardino Monzonis.—Madrid.
564. Srta. Carmen Méndez.—Madrid.
565. D. Bernardo Iborra.—Carcagente (Valencia).
566. Srta. Josefa Juncosa Prieto.—Barcelona.

LA CALLE

Producción United Artists

Protagonistas: Sylvia Sidney, William Collier Jr. y Estelle Taylor. — Ediciones Bistagne

(Continuación)

—Eso son ganas de hablar. Así piensan los vagos. Yo soy un trabajador. Llevo veinte años dependiendo de capitalistas y no tengo por qué quejarme.

—Allá usted con su opinión y con su modo de ser. Pero yo insisto en que el único modo de arreglar las cosas es producir una revolución social.

—No, no—replicó Mourrant cada vez más exaltado—. En este país no queremos revoluciones sociales. No somos bolcheviques.

—¡Naturalmente!—dijo Jones.

Y su esposa tuvo un gesto de repugnancia.

—Estos son de los que enseñan a los niños que no hay dios y que descendemos de los micos.

Y añadió Mourrant:

—Si no están ustedes de acuerdo con el régimen de este país, váyanse a otra parte.

La señorita Kaplau intervino en defensa de su padre:

—Todo el mundo tiene derecho a opinar, señor Mourrant.

—Pero sin ofender. No podemos tolerar que los extranjeros vengan a nuestro país con la pretensión de enseñarnos a vivir.

—Ser extranjero no es ningún mal, señor Mourrant—protestó la señora de Fiorentino—. No hace falta ser yanqui para ser gente de bien y de orden.

—¡Claro!—reforzó el señor Fiorentino—. Hay norteamericanos que valen mucho, pero los italianos no se quedan atrás. Sólo pondré un ejemplo: Cristóbal Colón. Este grande hombre era italiano y descubrió América.

Olsen se quitó por segunda vez la pipa de la boca y alzó la cabeza trabajosamente.

—Alto ahí. El que descubrió América fué el sueco Lief Ericson.

—Lo que debemos hacer—insistió Mourrant—es ir más a la iglesia y evitar tantos divorcios.

—A veces, eso se hace para bien—repuso Ana.

El marido la miró ferozmente.

—¿Para bien? Nunca hay bondad en la perversión.

—Pueden echar de menos la felicidad. En esto, como en todo, abundan los errores, y no hay derecho a que obliguen a una persona a vivir aferrada a una equivocación toda la vida.

—Detesto a las personas que piensan así.

Y al decir esto, Mourrant miraba de tal modo a su esposa, que ésta no tuvo valor para replicar.

—El loco concepto del modernismo está destrozando a la santa institución de la familia.

—La familia—replicó Kaplau—, existirá mientras existan el honor, el amor y el respeto mutuo.

Mourrant se irguió con un movimiento de desesperación y de rabia.

—Ustedes son los culpables de lo que ocurre. Esas teorías son criminales. Y sepa usted que estoy dispuesto a romperle la cabeza al primer bolchevique que me tropiece.

El judío no se amilanó. Por un momento pareció que iban a llegar a las manos. Pero la señorita Kaplau hizo retirar a su padre de la ventana, y todos los que estaban con Mourrant le sujetaron.

Y renació la calma, y continuó la conversación en un tono natural.

—Supongo que no volverás de madrugada—le advirtió la señora de Jones.

—No, mujer, no.

—Y que no te emborracharás.

—¡Qué cosas dices!

—Sería raro, ¿verdad?—preguntó la señora de Jones irónicamente.

Pero Jones estaba ya demasiado lejos para oírla.

Al mismo tiempo que Jones se alejaba, había aparecido Sam Kaplau, el hijo del judío. Era un muchacho muy joven, de ojos oscuros y cabello negro e indómito. Representaba unos veintidós años. Llevaba la americana colgada en el hombro y estaba absorto en la lectura de un libro. Su semblante era un continuo receptor de emociones en aquel momento. Se veía que era un muchacho inteligente y de gran sensibilidad.

La señorita Kaplau, que acababa de aparecer en la ventana después de llevarse a su padre al lecho, le llamó:

—Sam, ¿vas a entrar?

Sam interrumpió su lectura.

—No. Quiero leer un poco al fresco. Hace demasiado calor en la cama.

La hermana de Sam se retiró, cerrando la ventana. Sam se había sentado al borde de la acera, al lado de un farol. El señor Fiorentino se acercó a él.

—¿Qué? ¿Le ha gustado todo el concierto? Le he visto en primera fila.

Sam volvió a interrumpir la lectura.

—Sólo una parte de él me ha gustado: Tchaikowsky y Beethoven.

—Lo suponía. Ustedes, los intelectuales en música, son temibles.

Ana, que había oído la respuesta de Sam, preguntó:

—¿Han tocado algo de Mendelssohn.

—No—contestó el joven.

—Pues a mí lo que más me gusta es «La canción de Primavera».

Y comenzó a tararear la bella canción.

—¡Calle, calle!—la interrumpió la señora de Fiorentino—. Lo mejor de todo son los valse de Strauss.

—Pues para mí—intervino la señora de Jones—no hay más música que la de jazz. Sam insistió:

—¡Beethoven, Beethoven!... Eso es música. Eso es sentimiento.

—Usted lo ha dicho—replicó el italiano—. Beethoven es todo sentimiento. Tanto, que le hace a uno llorar. Por eso no me gusta. No quiero amarguras, que bastantes se ven en la vida. A mí deme música italiana. Esa música nos hace sentirnos felices.

Y para demostrarlo, cantó unos compases de «La done e mobile».

—Esto es música. Oyéndola, siente uno hasta ganas de bailar.

La señora de Fiorentino, exclamó:

—Ya que hablamos de música, voy a darles un concierto.

Desapareció de la ventana y momentos después, se oía el vals de «La Bohème».

Fiorentino se estremeció de gozo.

—¡«La Bohème»! ¡Qué preciosidad! ¿Quién quiere bailar conmigo?

Y cogió de la mano a Ana, que era la que estaba más cerca.

—Vamos a bailar, señora de Mourrant.

Ana miró de reojo a su marido, que seguía fumando absorto en sus preocupaciones. Ante la insistencia de Fiorentino, se levantó y se puso a bailar con él.

Un transeúnte se detuvo al ver ocupada por la pareja el trozo de acera que quedaba entre el farol y el pie de la escalera.

Era Sankey. Ana, al verle, cesó de bailar y volvió a sentarse cerca de su marido.

Se había producido un movimiento de expectación entre todos los presentes. Incluso Mourrant miraba fijamente a Sankey, que exclamó:

—Supongo que no habrán dejado de bailar por mí. Me habría sido fácil bajar de la acera para pasar.

—Ya hemos bailado bastante—repuso Ana—. Me canso en seguida. ¡Hace tantos años que no he movido un pie!

—¡Pero lo hace primorosamente, señor Mourrant!—alabó Fiorentino.

Después de unas palabras de cumplido, Sankey continuó su camino calle arriba.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Mourrant.

—El señor Sankey—repuso Ana—. Es cobrador de la más importante lechería del barrio.

La señora de Jones no pudo reprimir su intervención.

—Ha ido a comprar unos helados para su esposa.

Mourrant apenas le prestó atención.

—Lo que quisiera saber—dijo volviendo a su preocupación principal—es por qué Rosa no ha regresado todavía.

—Ya te lo he dicho, Frank—contestó Ana.

—Sí, sí. Me has dicho que no sabes dónde está. Y eso no puede ser. No quiero que mis hijos estén a estas horas por la calle.

En este momento llegó Willie llorando. Su traje lucía algunos desgarrones y su cara algunos arañazos.

Ana fué hacia él presurosamente.

—¿Qué es eso, Willie? ¿Qué te ha pasado?

—¡Esa gallina de Joe! ¡Ahora que me



VII

Jones se levantó.

—Me voy—dijo a su esposa.

—¿Ahora te vas? ¿Adónde?

—A jugar un rato al billar. ¡Vaya! Buenas noches a todos.

vuelva a decir lo que me ha dicho! ¡Le he puesto las narices como una cataplasma!

Mourrant exclamó amenazadoramente:

—¿Qué significa ese modo de hablar? Ven aquí. ¿Qué te ha dicho Joe?

El niño no contestó. Se limitó a mirar a su madre para volver a bajar en seguida la cabeza. Esto bastó para que Mourrant insistiera, cogiéndole de un brazo y zarandeándole:

—¡Habla! ¿Qué te ha dicho?

Pero Ana se apresuró a intervenir:

—¡Déjalo, hombre, déjalo! ¿Vas a hacer caso de lo que diga una criatura?

Mourrant lo soltó.

—¡Anda! ¡A acostarte! Y que no vuelva a verte en la calle a estas horas.

El niño obedeció. Ana fué tras él y se detuvo en lo alto de la escalera para preguntar a su esposo:

—¿Vienes, Frank?

—No—refunfuñó el marido—. Voy a dar una vuelta, y si cuando regrese, Rosa no está en casa todavía, se acordará de mí.

Y se marchó. Ana le estuvo mirando un momento con inquietud inocultable, y después dió las buenas noches y se retiró con Willie.

La señora Fiorentino apareció de nuevo en la ventana. Al verla, exclamó la señora de Jones:

—¡Lo que se ha perdido!

—¿Qué?—preguntó la italiana ávidamente.

—Pues que mientras usted tocaba el piano y su marido bailaba con la señora de Mourrant, ha pasado él.

—¿Sankey?

—Sí.

—Y, ¿qué ha dicho?

—Nada de particular. Pero cuando se ha ido, el señor Mourrant ha preguntado quién era y qué venía a hacer aquí.

—¡Oh! ¿Y ella...?

—Le ha dicho, tan fresca, que era el cobrador de una lechería y que si pasaba por aquí era porque vive cerca.

—¿Qué atrocidad!

—Y entonces—intervino Fiorentino—ha ocurrido lo mejor. Se ha presentado Willie llorando y hecho una lástima. Se había peleado con otro porque le ha dicho que su madre es una cualquiera.

—Con razón—afirmó la señora de Jones.

Sam había cerrado el libro. Escuchaba y presenciaba la escena con una mueca de indignación. Al oír el último insulto no pudo contenerse y exclamó:

—¡Basta! ¡Basta! Es horrible que pueda haber tanta crueldad en los corazones humanos.

Y como al mismo tiempo que indignación sentía una infinita angustia, subió apresuradamente las escaleras y entró en su casa.

Fiorentino le siguió con la mirada. Luego exclamó llevándose un dedo a la sien:

—¡Pobre! Está chiflado.

—Esos libros—dijo la italiana—le han vuelto la cabeza del revés.

Pero la señora de Jones, que siempre daba la nota sensacional, exclamó:

—Quien me parece que le ha vuelto la cabeza del revés es la hija.

—¿Rosa?

—Sí, Rosa.

—¡Es lo único que le faltaba a esa familia!—exclamó el señor Fiorentino.

Olsen volvió a dar señales de vida cuando ya nadie se acordaba de él.

Bostezó, dió las buenas noches y desapareció por la escalera del sótano.

A Fiorentino se le contagió el bostezo.

—También nosotros vamos a acostarnos—dijo cuando la boca se le cerró, y añadió, dirigiéndose a su esposa:

—¿Verdad, querida?

—Sí. Estoy rendida.

—Lo mismo me pasa a mí—declaró la señora de Jones.

—Entonces, hasta mañana y que usted descanse.

—Hasta mañana, señores de Fiorentino.

Y el portal quedó un momento solo. Todos los ruidos habían decrecido sensiblemente. El barrio empezaba a sumirse en el reposo nocturno.

VIII

Pero aquella soledad duró sólo un momento. En seguida apareció Rosa, la hija de los Mourrant, acompañada de un joven que representaba unos treinta y cinco años, elegante, de aspecto distinguido y de cuya presencia se deducía que se hallaba en buena posición.

Rosa era una muchacha preciosa. Vestía con una modestia encantadora, y cualquier detalle de su persona representaba un atractivo.

Apenas se hubieron detenido ante la puerta, la ventana de los italianos se abrió, y la señora de Fiorentino aparentó ocuparse de arreglar la persiana.

—Buenas noches, señorita Mourrant—dijo fingiéndose sorprendida al ver a Rosa.

—Buenas noches, señora de Fiorentino—contestó Rosa dulcemente.

Y la italiana se retiró, tal vez para darse a escuchar detrás de la ventana.

Rosa tendió la mano a su acompañante.

—Bien, señor Easter, aquí tiene usted su casa.

Easter le tomó la mano y la retuvo con un gesto lleno de vehemencia.

—¿Ya me deja usted?

Rosa se echó a reír al mismo tiempo que retiraba la mano.

—¿Todavía le parece poco y estamos hablando desde antes de ponerse el sol?

—Sí, Rosa, sí—repuso Easter trémulo de avidez.

Se detuvo al oír una voz de mujer.

—Buenas noches, señorita Mourrant.

Era la señora Olsen que había salido a arrojar a la calle algunos desperdicios de comida, o, cuando menos, con esta excusa.

Rosa contestó al saludo y la señora de Olsen volvió a desaparecer por la angosta escalera, después de mirar a Easter de reojo.

Al pretendiente le faltó el tiempo para abalanzarse sobre Rosa, rodearla con sus brazos y darle un ávido beso en la boca.

Ella retrocedió, sorprendida y turbada.

—¿Qué ha hecho usted?

—Ya lo ve, Rosa. Si no la hubiera besado, me habría muerto de sed, de sed de sus labios.

—No está bien lo que ha hecho, señor Easter—insistió ella, nerviosa y asustada.

—¿Por qué? ¿No le he dicho que me tiene usted loco?

—Pero usted no debe decir eso, señor Easter. Usted es casado.

—No me importa, Rosa. Nada me importa sino usted.

Y de nuevo tendía los brazos hacia ella, pero Rosa lo detuvo.

—¡Cuidado! Alguien viene.

En efecto, la puerta se abrió y apareció la señora de Jones acompañada de un perro.

Se detuvo al ver a Rosa acompañada de Easter.

—Buenas noches, señorita Mourrant—dijo sin quitar ojo al acompañante.

—Buenas noches, señora de Jones.

—Su papá estaba muy inquieto esperándola.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí. Vaya. Voy a dar una vueltecita. Buenas noches.

—Buenas noches, señora de Jones.

Y la señora de Jones miró a Easter por última vez y se alejó.

Inmediatamente, Easter volvió a las andadas.

—Rosa, ¿no comprende que usted tiene méritos sobrados para no vivir con esta gentuza?

—¿Dónde quiere usted que viva, señor Easter?

—Se lo voy a decir. Le voy a planear un bello futuro. Lo primero que ha de hacer usted es dejar la oficina. Allí la hacemos trabajar demasiado.

—También trabaja usted.

—Pero yo soy hombre. Además, mi cargo de director me permite aparentar que trabajo mucho cuando en realidad no hago nada. En fin, volvamos a lo nuestro. Alquilaré para usted una preciosa casita...

Rosa le atajó:

—¿Y su esposa, señor Easter?

—¡Bah! Ella no sabría nada.

Rosa movió negativamente la cabeza al mismo tiempo que sonreía con amargura.

—No somos de la misma opinión, señor Easter... Presiento el fin de todo esto. Tendré que marcharme de la oficina para buscar otra casa.

—No quiero oírle hablar así.

Se oyó un grito de la señora de Buchanan, y Easter dió un salto.

—¿Ha oído usted? Están asesinando a alguien.

Rosa sonrió.

—Es una vecina que espera un hijo.

—¿Y por eso grita?

Pero Rosa, en vez de contestar, subió dos escalones.

—Me voy, señor Easter.

—No; no la dejaré marchar.

La había cogido de una mano. Rosa miró a la derecha y retiró la mano vivamente.

—¡Váyase, por Dios! Viene mi padre.

La advertencia hizo retroceder a Easter instantáneamente.

—Bueno, me marchó. Pero nos veremos mañana, ¿eh?

—¿Mañana?

—Sí. Iremos juntos al entierro de nuestro principal.

Pero tuvo que marcharse sin esperar la respuesta, porque el padre de Rosa llegaba.

Empezaba la joven a buscar la llave en su bolso cuando llegó Mourrant.

—¡Hola, papá!—dijo Rosa un poco turbada.

—¿Quién es ese que estaba hablando contigo?

—El señor Easter, mi director. Como hemos salido de la oficina tan tarde ha tenido la gentileza de acompañarme a casa.

—Gentileza... gentileza!—repitió Frank agriamente—. Conozco muy bien la galantería de esos caballeros. ¿Cómo es posible que hayas estado en la oficina hasta ahora?

—Es que mañana no trabajaremos y hemos tenido que hacer el trabajo de dos días. Entierran al señor Jacobson. ¿Sabías que ha muerto?

—Sí, sí. Lo sabía—refunfuñó Frank—. Pero eso no justifica que hayas estado en la oficina hasta media noche.

—Es que después el señor Easter me ha invitado a cenar.

—¡Ah, vamos! Y también habréis bailado un poco.

(Continuará)

**El mejor
surfido en
trajes
de baño**



Casa Beleña

Av. Pueria del Ángel, 35 (frente Teléfonos)

**Medias
seda
natural**

precio
reclamo,
a
8,50
ptas.

LA CALLE

Producción United Artists

Protagonistas: Sylvia Sidney, William Collier Jr. y Estelle Taylor. — Ediciones Bistagne

(Continuación)

—Eso son ganas de hablar. Así piensan los vagos. Yo soy un trabajador. Llevo veinte años dependiendo de capitalistas y no tengo por qué quejarme.

—Allá usted con su opinión y con su modo de ser. Pero yo insisto en que el único modo de arreglar las cosas es producir una revolución social.

—No, no—replicó Mourrant cada vez más exaltado—. En este país no queremos revoluciones sociales. No somos bolcheviques.

—¡Naturalmente!—dijo Jones.

Y su esposa tuvo un gesto de repugnancia.

—Estos son de los que enseñan a los niños que no hay dios y que descendemos de los micos.

Y añadió Mourrant:

—Si no están ustedes de acuerdo con el régimen de este país, váyanse a otra parte. La señorita Kaplau intervino en defensa de su padre:

—Todo el mundo tiene derecho a opinar, señor Mourrant.

—Pero sin ofender. No podemos tolerar que los extranjeros vengan a nuestro país con la pretensión de enseñarnos a vivir.

—Ser extranjero no es ningún mal, señor Mourrant—protestó la señora de Fiorentino—. No hace falta ser yanqui para ser gente de bien y de orden.

—¡Claro!—reforzó el señor Fiorentino—. Hay norteamericanos que valen mucho, pero los italianos no se quedan atrás. Sólo pondré un ejemplo: Cristóbal Colón. Este grande hombre era italiano y descubrió América.

Olsen se quitó por segunda vez la pipa de la boca y alzó la cabeza trabajosamente.

—Alto ahí. El que descubrió América fué el sueco Lief Ericson.

—Lo que debemos hacer—insistió Mourrant—es ir más a la iglesia y evitar tantos divorcios.

—A veces, eso se hace para bien—repuso Ana.

El marido la miró ferozmente.

—¿Para bien? Nunca hay bondad en la perversión.

—Pueden echar de menos la felicidad. En esto, como en todo, abundan los errores, y no hay derecho a que obliguen a una persona a vivir aferrada a una equivocación toda la vida.

—Detesto a las personas que piensan así.

Y al decir esto, Mourrant miraba de tal modo a su esposa, que ésta no tuvo valor para replicar.

—El loco concepto del modernismo está destrozando a la santa institución de la familia.

—La familia—replicó Kaplau—, existirá mientras existan el honor, el amor y el respeto mutuo.

Mourrant se irguió con un movimiento de desesperación y de rabia.

—Ustedes son los culpables de lo que ocurre. Esas teorías son criminales. Y sepa usted que estoy dispuesto a romperle la cabeza al primer bolchevique que me tropiece.

El judío no se amilanó. Por un momento pareció que iban a llegar a las manos. Pero la señorita Kaplau hizo retirar a su padre de la ventana, y todos los que estaban con Mourrant le sujetaron.

Y renació la calma, y continuó la conversación en un tono natural.

VII

Jones se levantó.

—Me voy—dijo a su esposa.

—¿Ahora te vas? ¿Adónde?

—A jugar un rato al billar. ¡Vaya! Buenas noches a todos.

—Supongo que no volverás de madrugada—le advirtió la señora de Jones.

—No, mujer, no.

—Y que no te emborracharás.

—¡Qué cosas dices!

—Sería raro, ¿verdad?—preguntó la señora de Jones irónicamente.

Pero Jones estaba ya demasiado lejos para oírlo.

Al mismo tiempo que Jones se alejaba, había aparecido Sam Kaplau, el hijo del judío. Era un muchacho muy joven, de ojos oscuros y cabello negro e indómito. Representaba unos veintidós años. Llevaba la americana colgada en el hombro y estaba absorto en la lectura de un libro. Su semblante era un continuo receptor de emociones en aquel momento. Se veía que era un muchacho inteligente y de gran sensibilidad.

La señorita Kaplau, que acababa de aparecer en la ventana después de llevarse a su padre al lecho, le llamó:

—Sam, ¿vas a entrar?

Sam interrumpió su lectura.

—No. Quiero leer un poco al fresco. Hace demasiado calor en la cama.

La hermana de Sam se retiró, cerrando la ventana. Sam se había sentado al borde de la acera, al lado de un farol. El señor Fiorentino se acercó a él.

—¿Qué? ¿Le ha gustado todo el concierto? Le he visto en primera fila.

Sam volvió a interrumpir la lectura.

—Sólo una parte de él me ha gustado: Tchaikowsky y Beethoven.

—Lo suponía. Ustedes, los intelectuales en música, son temibles.

Ana, que había oído la respuesta de Sam, preguntó:

—¿Han tocado algo de Mendelssohn.

—No—contestó el joven.

—Pues a mí lo que más me gusta es «La canción de Primavera».

Y comenzó a tararear la bella canción.

—¡Calle, calle!—la interrumpió la señora de Fiorentino—. Lo mejor de todo son los valse de Strauss.

—Pues para mí—intervino la señora de Jones—no hay más música que la de jazz.

Sam insistió:

—¡Beethoven, Beethoven!... Eso es música. Eso es sentimiento.

—Usted lo ha dicho—replicó el italiano—. Beethoven es todo sentimiento. Tanto, que le hace a uno ilorar. Por eso no me gusta. No quiero amarguras, que bastantes se ven en la vida. A mí deme música italiana. Esa música nos hace sentirnos felices.

Y para demostrarlo, cantó unos compases de «La done e mobile».

—Esto es música. Oyéndola, siente uno hasta ganas de bailar.

La señora de Fiorentino, exclamó:

—Ya que hablamos de música, voy a darles un concierto.

Desapareció de la ventana y momentos después, se oía el vals de «La Bohème».

Fiorentino se estremeció de gozo.

—¡«La Bohème»! ¡Qué preciosidad! ¿Quién quiere bailar conmigo?

Y cogió de la mano a Ana, que era la que estaba más cerca.

—Vamos a bailar, señora de Mourrant.

Ana miró de reojo a su marido, que seguía fumando absorto en sus preocupaciones. Ante la insistencia de Fiorentino, se levantó y se puso a bailar con él.

Un transeúnte se detuvo al ver ocupada por la pareja el trozo de acera que quedaba entre el farol y el pie de la escalera.

Era Sankey. Ana, al verle, cesó de bailar y volvió a sentarse cerca de su marido.

Se había producido un movimiento de expectación entre todos los presentes. Incluso Mourrant miraba fijamente a Sankey, que exclamó:

—Supongo que no habrán dejado de bailar por mí. Me habría sido fácil bajar de la acera para pasar.

—Ya hemos bailado bastante—repuso Ana—. Me canso en seguida. ¡Hace tantos años que no he movido un pie!

—¡Pero lo hace primorosamente, señor Mourrant!—alabó Fiorentino.

Después de unas palabras de cumplido, Sankey continuó su camino calle arriba.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Mourrant.

—El señor Sankey—repuso Ana—. Es cobrador de la más importante lechería del barrio.

La señora de Jones no pudo reprimir su intervención.

—Ha ido a comprar unos helados para su esposa.

Mourrant apenas le prestó atención.

—Lo que quisiera saber—dijo volviendo a su preocupación principal—es por qué Rosa no ha regresado todavía.

—Ya te lo he dicho, Frank—contestó Ana.

—Sí, sí. Me has dicho que no sabes dónde está. Y eso no puede ser. No quiero que mis hijos estén a estas horas por la calle.

En este momento llegó Willie llorando. Su traje lucía algunos desgarrones y su cara algunos arañazos.

Ana fué hacia él presurosamente.

—¿Qué es eso, Willie? ¿Qué te ha pasado?

—¡Esa gallina de Joe! ¡Ahora que me



vuelva a decir lo que me ha dicho! ¡Le he puesto las narices como una cataplasma!

Mourrant exclamó amenazadoramente:

—¿Qué significa ese modo de hablar? Ven aquí. ¿Qué te ha dicho Joe?

El niño no contestó. Se limitó a mirar a su madre para volver a bajar en seguida la cabeza. Esto bastó para que Mourrant insistiera, cogiéndole de un brazo y zarandeándole:

—¡Habla! ¿Qué te ha dicho?

Pero Ana se apresuró a intervenir:

—¡Déjalo, hombre, déjalo! ¿Vas a hacer caso de lo que diga una criatura?

Mourrant lo soltó.

—¡Anda! ¡A acostarte! Y que no vuelva a verte en la calle a estas horas.

El niño obedeció. Ana fué tras él y se detuvo en lo alto de la escalera para preguntar a su esposo:

—¿Vienes, Frank?

—No—refunfuñó el marido—. Voy a dar una vuelta, y si cuando regrese, Rosa no está en casa todavía, se acordará de mí.

Y se marchó. Ana le estuvo mirando un momento con inquietud inocultable, y después dió las buenas noches y se retiró con Willie.

La señora Fiorentino apareció de nuevo en la ventana. Al verla, exclamó la señora de Jones:

—¡Lo que se ha perdido!

—¿Qué?—preguntó la italiana ávidamente.

—Pues que mientras usted tocaba el piano y su marido bailaba con la señora de Mourrant, ha pasado él.

—¿Sankey?

—Sí.

—Y, ¿qué ha dicho?

—Nada de particular. Pero cuando se ha ido, el señor Mourrant ha preguntado quién era y qué venía a hacer aquí.

—¡Oh! ¿Y ella...?

—Le ha dicho, tan fresca, que era el cobrador de una lechería y que si pasaba por aquí era porque vive cerca.

—¿Qué atrocidad!

—Y entonces—intervino Fiorentino—ha ocurrido lo mejor. Se ha presentado Willie llorando y hecho una lástima. Se había peleado con otro porque le ha dicho que su madre es una cualquiera.

—Con razón—afirmó la señora de Jones.

Sam había cerrado el libro. Escuchaba y presenciaba la escena con una mueca de indignación. Al oír el último insulto no pudo contenerse y exclamó:

—¡Basta! ¡Basta! Es horrible que pueda haber tanta crueldad en los corazones humanos.

Y como al mismo tiempo que indignación sentía una infinita angustia, subió apresuradamente las escaleras y entró en su casa.

Fiorentino le siguió con la mirada. Luego exclamó llevándose un dedo a la sien:

—¡Pobre! Está chiflado.

—Esos libros—dijo la italiana—le han vuelto la cabeza del revés.

Pero la señora de Jones, que siempre daba la nota sensacional, exclamó:

—Quien me parece que le ha vuelto la cabeza del revés es la hija.

—¿Rosa?

—Sí, Rosa.

—Es lo único que le faltaba a esa familia!—exclamó el señor Fiorentino.

Olsen volvió a dar señales de vida cuando ya nadie se acordaba de él.

Bostezó, dió las buenas noches y desapareció por la escalera del sótano.

A Fiorentino se le contagió el bostezo.

—También nosotros vamos a acostarnos—dijo cuando la boca se le cerró, y añadió, dirigiéndose a su esposa:

—¿Verdad, querida?

—Sí. Estoy rendida.

—Lo mismo me pasa a mí—declaró la señora de Jones.

—Entonces, hasta mañana y que usted descanse.

—Hasta mañana, señores de Fiorentino.

Y el portal quedó un momento solo. Todos los ruidos habían decrecido sensiblemente. El barrio empezaba a sumirse en el reposo nocturno.

VIII

Pero aquella soledad duró sólo un momento. En seguida apareció Rosa, la hija de los Mourrant, acompañada de un joven que representaba unos treinta y cinco años, elegante, de aspecto distinguido y de cuya presencia se deducía que se hallaba en buena posición.

Rosa era una muchacha preciosa. Vestía con una modestia encantadora, y cualquier detalle de su persona representaba un atractivo.

Apenas se hubieron detenido ante la puerta, la ventana de los italianos se abrió, y la señora de Fiorentino aparentó ocuparse de arreglar la persiana.

—Buenas noches, señorita Mourrant—dijo fingiéndose sorprendida al ver a Rosa.

—Buenas noches, señora de Fiorentino—contestó Rosa dulcemente.

Y la italiana se retiró, tal vez para darse a escuchar detrás de la ventana.

Rosa tendió la mano a su acompañante.

—Bien, señor Easter, aquí tiene usted su casa.

Easter le tomó la mano y la retuvo con un gesto lleno de vehemencia.

—¿Ya me deja usted?

Rosa se echó a reír al mismo tiempo que retiraba la mano.

—¿Todavía le parece poco y estamos hablando desde antes de ponerse el sol?

—Sí, Rosa, sí—repuso Easter trémulo de avidez.

Se detuvo al oír una voz de mujer.

—Buenas noches, señorita Mourrant.

Era la señora Olsen que había salido a arrojar a la calle algunos desperdicios de comida, o, cuando menos, con esta excusa.

Rosa contestó al saludo y la señora de Olsen volvió a desaparecer por la angosta escalera, después de mirar a Easter de reojo.

Al pretendiente le faltó el tiempo para abalanzarse sobre Rosa, rodearla con sus brazos y darle un ávido beso en la boca.

Ella retrocedió, sorprendida y turbada.

—¿Qué ha hecho usted?

—Ya lo ve, Rosa. Si no la hubiera besado, me habría muerto de sed, de sed de sus labios.

—No está bien lo que ha hecho, señor Easter—insistió ella, nerviosa y asustada.

—¿Por qué? ¿No le he dicho que me tiene usted loco?

—Pero usted no debe decir eso, señor Easter. Usted es casado.

—No me importa, Rosa. Nada me importa sino usted.

Y de nuevo tendía los brazos hacia ella, pero Rosa lo detuvo.

—¡Cuidado! Alguien viene.

En efecto, la puerta se abrió y apareció la señora de Jones acompañada de un perro.

Se detuvo al ver a Rosa acompañada de Easter.

—Buenas noches, señorita Mourrant—dijo sin quitar ojo al acompañante.

—Buenas noches, señora de Jones.

—Su papá estaba muy inquieto esperándola.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí. Vaya. Voy a dar una vueltecita.

Buenas noches.

—Buenas noches, señora de Jones.

Y la señora de Jones miró a Easter por última vez y se alejó.

Inmediatamente, Easter volvió a las andadas.

—Rosa, ¿no comprende que usted tiene méritos sobrados para no vivir con esta gentuza?

—¿Dónde quiere usted que viva, señor Easter?

—Se lo voy a decir. Le voy a planear un bello futuro. Lo primero que ha de hacer usted es dejar la oficina. Allí la hacemos trabajar demasiado.

—También trabaja usted.

—Pero yo soy hombre. Además, mi cargo de director me permite aparentar que trabajo mucho cuando en realidad no hago nada. En fin, volvamos a lo nuestro. Alquilaré para usted una preciosa casita...

Rosa le atajó:

—¿Y su esposa, señor Easter?

—¡Bah! Ella no sabría nada.

Rosa movió negativamente la cabeza al mismo tiempo que sonreía con amargura.

—No somos de la misma opinión, señor Easter... Presiento el fin de todo esto. Tendré que marcharme de la oficina para buscar otra casa.

—No quiero oírle hablar así.

Se oyó un grito de la señora de Buchanan, y Easter dió un salto.

—¿Ha oído usted? Están asesinando a alguien.

Rosa sonrió.

—Es una vecina que espera un hijo.

—¿Y por eso grita?

Pero Rosa, en vez de contestar, subió dos escalones.

—Me voy, señor Easter.

—No; no la dejaré marchar.

La había cogido de una mano. Rosa miró a la derecha y retiró la mano vivamente.

—¡Váyase, por Dios! Viene mi padre.

La advertencia hizo retroceder a Easter instantáneamente.

—Bueno, me marchó. Pero nos veremos mañana, ¿eh?

—¿Mañana?

—Sí. Iremos juntos al entierro de nuestro principal.

Pero tuvo que marcharse sin esperar la respuesta, porque el padre de Rosa llegaba.

Empezaba la joven a buscar la llave en su bolso cuando llegó Mourrant.

—¡Hola, papá!—dijo Rosa un poco turbada.

—¿Quién es ese que estaba hablando contigo?

—El señor Easter, mi director. Como hemos salido de la oficina tan tarde ha tenido la gentileza de acompañarme a casa.

—¡Gentileza... gentileza!—repitió Frank agriamente—. Conozco muy bien la galantería de esos caballeros. ¿Cómo es posible que hayas estado en la oficina hasta ahora?

—Es que mañana no trabajaremos y hemos tenido que hacer el trabajo de dos días. Entierran al señor Jacobson. ¿Sabías que ha muerto?

—Sí, sí. Lo sabía—refunfuñó Frank—. Pero eso no justifica que hayas estado en la oficina hasta media noche.

—Es que después el señor Easter me ha invitado a cenar.

—¡Ah, vamos! Y también habréis bailado un poco.

(Continuará)

**El mejor
surfido en
trajes
de baño**



Casa Beleta

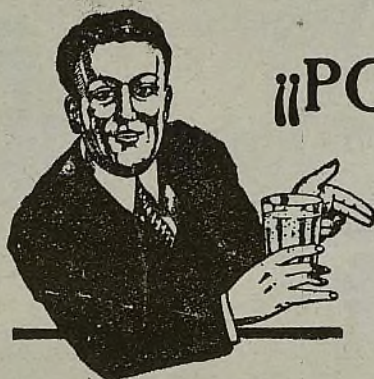
Av. Puerta del Ángel, 35 (frente Teléfonos)

**Medias
seda
natural**

precio
reclamo,
a
8,50
ptas.

SALES LITÍNICAS DALMAU

EFERVESCENTES
PRODUCTO NACIONAL



¡¡POR FIN!!

ENCONTRÉ LAS MEJORES Y MAS ECONÓMICAS

y las más indicadas para preparar en pocos momentos una excelente bebida refrescante, que mitigará la sed y proporcionará un bienestar general al organismo.

Se expenden en

VASOS cristal de 12 paquetes para preparar 12 litros y **CAJAS** metálicas de 15 paquetes para preparar 15 litros **CAJAS GRANDES** de 120 paquetes para preparar 120 litros

de la mejor y más económica **agua mineral de mesa,**

DEPOSITARIOS EXCLUSIVOS:

ESTABLECIMIENTOS DALMAU OLIVERES, S. A.

PRINCESA, 1
BARCELONA

¡No le quepa duda!

La base de la prosperidad en sus negocios, consistirá siempre en que haga Vd. una acertada publicidad de los mismos

El anuncio en una revista es el más adecuado sistema de propaganda por la mayor visualidad de su conjunto y por su extensa difusión.

Anuncie siempre en

Popular Film

PELUQUERÍA PARA SEÑORAS

**ONDULACIÓN
PERMANENTE**

Completa: 15 pesetas
realizada con los mejores aparatos
modernos conocidos hasta la fecha.

ESTABLECIMIENTOS
DALMAU OLIVERES
SOCIEDAD ANÓNIMA
Ronda de San Antonio, núm. 1
(Entrada por la Perfumería)
Teléfono 13754 : Barcelona



HUECOGRABADO
PARÍS, 134 - BARCELONA



Ayuntamiento de Madrid